

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ME CASE CON UN VAMPIRO

Keith Luger



La novela comienza con la boda entre la explosiva Janine Dupont y el aburguesado Jonathan Deming, apenas un mes después de conocerse. El matrimonio viajará desde Nueva York al castillo que Jonathan posee en el pequeño villorrio de Bedford, en Escocia, haciendo escala fugaz en Londres, durante la cual se produce el asesinato de una rubia cañón, eliminada a partir de dos caprichosas heridas en el cuello. Una vez en Bedford, una nueva buena moza será asesinada, y Janine empezará a sospechar de su recién marido, quien estaba relacionada con ambas. La acción se dispara, y comienza una persecución a tres bandas de más de 50 páginas, con Janine envuelta en la entrega de una fórmula en la que Jonathan estaba trabajando en secreto en las catacumbas del castillo, sucediéndose las peleas, las carreras, el desfile de mad doctors y encapuchados, y los vampiros de corchopán.

Nota: Publicada por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo, con el número 234, en el año 1966.



Keith Luger

Me casé con un vampiro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1402

ePub r1.0

Lds 04.11.18

Título original: *Me casé con un vampiro*

Keith Luger, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Quiere usted por esposo a Jonathan Deming?

—Sí, quiero.

—Señor Walter Bloch, como representante de Jonathan Deming, ¿acepta por esposa a Janine Dupont?

—Sí, acepto.

—Yo les declaro marido y mujer.

Ésas fueron las palabras en virtud de las cuáles Janine Dupont, de veintitrés años, morena, ojos negros, nariz respingona, se convertía en la mujer de Jonathan Deming, decimoquinto conde de Bakefield, representado en este acto solemne por Walter Bloch, pelirrojo, de cara pecosa, amigo de Janine.

Walter Bloch fue a besar a la novia, y ella lo consintió, pero sólo le ofreció la mejilla.

Luego, Janine fue felicitada por los dos testigos de la ceremonia, Gracie Trevitt, y Frank Grendon, compañeros de Janine. Los tres trabajaban juntos en unos grandes almacenes.

Gracie dio un cómico suspiro.

—¿Qué va a hacer ahora la señora condesa?

—Ya metí mis cosas en el coche y desde aquí me voy al aeropuerto.

—¿Tan pronto?

—Mi marido me espera.

—¿Ni siquiera te vas a pasar por el almacén...?

—¿Para qué? Ya me despedí de todos...

—Pero el señor Holmes quería verte.

—¿Para qué?

—Para regalarte un gran ramo de flores.

Ahora la del suspiro fue la novia, Janine. Sabía que Holmes, el

encargado de su sección, había estado mariposeando alrededor de ella hacía un par de meses.

—Gracie, me harás un favor. Acepta tú el ramo de flores en mi nombre.

—Te estás acostumbrando demasiado a que otra persona lo haga por ti —rió Gracie—. Te casas por poderes, ocupando un amigo el lugar de tu esposo, y ahora quieres que también yo me haga cargo de un regalo personal del señor Holmes. Un regalo que es para ti. ¿Qué pasará en Inglaterra cuando llegues? ¿También te recibirán en, nombre de tu esposo?

—Cuando llegue a Inglaterra, se habrán acabado los representantes. Tendré a mi marido original, al auténtico, al decimoquinto conde de Bakefield.

Frank Grendon, el otro testigo, dijo:

—Eh, muchachos, os invito a tomar un trago en el bar de Joe.

Janine movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento, Frank, pero mi avión sale dentro de una hora. No tengo tiempo, pero ya volveré a Nueva York alguna vez y entonces te aceptaré el trago.

—Te acompañaremos al aeropuerto, ¿verdad, muchachos? —dijo Gracie.

Janine trató de disuadirlos, pero no lo consiguió.

En seguida se pusieron en camino.

Gracie derramó algunas lágrimas.

—Janine, escíbeme... Me gustaría saber cómo viven los aristócratas ingleses.

—No te preocupes. Te escribiré todas las semanas.

—Promételo.

—Prometido.

Janine se despidió de sus compañeros.

En un momento determinado, Gracie la tomó por el brazo y la llevó hacia la puerta.

—Janine, ¿por qué no te quedas?

—¿A qué viene eso?

—No conoces a tu marido.

—Claro que lo conozco. ¿Qué tonterías estás diciendo ahora?

—Pero sólo lo viste en fotografía...

—Sí, y quedamos de acuerdo en que era un chico guapísimo,

muy alto, y muy distinguido.

—Ahora creo que me precipité en mi juicio. ¿Qué sabes de ese hombre?

—Gracias, he sostenido correspondencia con él desde hace seis meses.

—Sí, ¿y cuántas cartas te escribió?

—Ocho.

—No bastan ocho cartas para querer a un hombre.

—Es lo que tú crees.

—No lo comprenderé nunca, Janine.

—Te dejé leer la primera carta y te sentiste emocionada. Puedo repetir tus palabras: «Por un hombre así, yo sería capaz de casarme sobre la marcha sin pedirle antecedentes».

Gracie se mordió el labio inferior.

—Sí, es cierto. Dije eso, pero ahora estoy arrepentida de haberlo dicho.

Janine rió divertida.

—Gracie, soy muy feliz. ¿No es bastante eso? Pero si necesitas algo más, te lo diré. Estoy enamorada de mi esposo, de Jonathan Deming. Es cierto que sólo me escribió ocho cartas, y también lo es que sólo tengo de él una fotografía. Pero te repito que para mí ha bastado. Sólo consentí que leyese la primera carta porque pensé que dejarte leer las otras era burlar algo íntimo. Te pareceré ridícula, cursi, puedes llamarme así si lo deseas, pero es la única verdad. Quiero a ese hombre, lo quiero y por eso he consentido ser su esposa cuando él me lo pidió... Y ahora adiós, Gracie. Tendrás noticias más pronto.

Gracie tenía lágrimas en los ojos.

Janine dijo sonriente:

—Si eres la mitad de lista de lo que crees ser, aprovecha la oportunidad y no dejes escapar al señor Holmes.

—Está enamorado de ti.

—Pero a ti te gusta, Gracie, aprovéchate ahora.

Gracie movió la cabeza de arriba abajo y saludó con la mano a Janine, cuando ya ésta desaparecía por la puerta que conducía a la pista.

Janine ya estaba en el *jet*.

Tuvo suerte con su compañero de viaje. Era un hombre de unos sesenta años, que se pasó todo el rato durmiendo.

Ella aprovechó aquella oportunidad para sacar su paquete de cartas, las que le había enviado Jonathan Deming desde Inglaterra.

Las releyó una por una, y otra vez se sintió embargada por aquellos sentimientos que se habían apoderado de ella cuando llegaron a su poder. Jonathan era un romántico, un hombre con un alma exquisita...

En Londres estaba lloviendo.

Sin embargo, para Janine fue como si luciese un sol radiante.

Al entrar en la sala del aeropuerto lo vio dirigirse hacia ella.

No pronunciaron palabra alguna durante unos segundos.

De pronto, él la tomó por los brazos y la besó en los labios con suavidad.

—Bienvenida, Janine.

Ella seguía sin habla. Era mucho mejor al natural. Tan alto como en la fotografía, pero más guapo, aunque su belleza era varonil, de ojos azules.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? —dijo él.

—Oh, sí.

—Muy bien, dílo.

Ella titubeó unos instantes.

—Tu hoyo en la barbilla es mucho más profundo que en la fotografía.

—Y tú eres mucho más bonita de lo que me dijeron tus fotos.

—Gracias.

Se quedaron otra vez sin habla.

—¿Cómo hiciste el viaje? —preguntó Jonathan.

—Perfectamente.

—Seguro que tu compañero de viaje no te dejó descansar.

—Me parece que te equivocas. El hombre que estaba a mi lado, ni me conoce.

—¿Es posible?

—Se pasó todo el rato durmiendo.

—Aún quedan tipos tontos por el mundo.

—Tenía sesenta años.

La conversación era un poco forzada, pero Janine ya había

contado con eso. ¿Qué podían decirse unas personas cuando se veían por primera vez, aunque fuesen marido y mujer?

—He reservado una *suite* en el hotel Zenith.

—Creí que íbamos a Bedford.

—De Londres a Bedford hay seis horas en tren, y pensé que no querrías pasar nuestra primera noche de casados en un vagón.

Las mejillas de Janine se colorearon.

—Oh, sí, desde luego.

Fueron en un taxi hasta el hotel Zenith.

Un hombre de cabello planchado, cara bien rasurada, dio la bienvenida a la señora Deming. Un botones se encargó del equipaje, y Jonathan lo despidió con una propina en cuanto llegaron a la *suite*.

Al encontrarse otra vez a solas con su marido, Janine empezó a sentir otra vez aquella sensación de perplejidad.

Jonathan abrió un balcón.

La temperatura era suave, a pesar de que continuaba lloviendo.

—Ven aquí —dijo Jonathan—. Esto te gustará.

Janine acudió a su lado.

La vista era hermosa. Daba a una pequeña plaza con un jardín.

La plaza estaba solitaria, bajo la lluvia.

Janine sintió que los labios de él se posaban en su cuello. Cerró los ojos. El la siguió besando en la garganta, y le oyó murmurar:

—Janine, te quiero...

Casi inconscientemente, ella levantó el brazo y le puso la mano en la nuca.

Jonathan alzó la cara.

—He encargado la cena.

—Dame tiempo para cambiarme.

—Desde luego.

Jonathan se apartó de ella y se sentó en un sillón.

Janine pensó que él era su marido y que no debía de tener inconveniente en cambiarse delante de él. Oh, no, de ninguna manera.

Tomó su ropa de la maleta y se fue al cuarto de baño.

Al cabo de un rato regresó exhibiendo su vestido negro, con tirantes delgados, muy escotado. Jonathan fue a su encuentro.

—Estás maravillosa, Janine.

—Gracias.

La estrechó entre sus brazos, y Janine se dio cuenta de lo fuerte que era.

Otra vez la besó en el cuello y ella echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Vas a estropear mi peinado.

—Disculpa, pero no pude contenerme.

Poco después se encontraban en el restaurante, sentados en una mesa, frente a frente.

Bebieron martinis, y encendieron cigarrillos antes de comer.

—Jonathan, ¿por qué contestaste a mi anuncio?

—Te haré una confesión. No acostumbro a leer los anuncios, pero, aquel día, el destino me obligó a no respetar ese hábito. Leí los anuncios y llegué al tuyo. —Jonathan miró hacia el techo y recitó: «Joven romántica desea correspondencia con caballero no mayor de treinta y cinco años, con nobles antepasados, y si es posible con castillo propio». Jonathan se echó a reír mirando otra vez a la joven—. Lo encontré muy gracioso.

—No te burles.

—No pretendo burlarme... Me dije que la mujer capaz de escribir eso debía ser muy interesante. —Oh, sí, pensaste que yo era una estúpida.

—De ninguna manera. ¿Sabes una cosa? He conocido a muchas mujeres, y cuando leí tu anuncio pensé que ellas no serían capaces de insertar tal anuncio en un diario. De modo que, pensé que valdría la pena conocer a la joven que era tan distinta a todas mis amigas...

—Entiendo, imaginaste que sería delgada, con gafas, con cara de bruja...

—Sí, es posible que lo pensase al principio. Por eso recibí la mayor sorpresa de mi vida cuando me enviaste tu primera fotografía.

—¿Y cómo me encontraste?

—Sensacional.

—Eres muy amable.

—Sólo hago honor a la verdad... Eras maravillosa, Pero todavía estaba por recibir la sorpresa mayor.

—¿Cuál?

—Ha sido esta tarde, cuando te he visto personalmente.
Superaste todo cuanto había imaginado.

De pronto él miró hacia la izquierda.

Janine siguió la dirección de los ojos de Jonathan.

Una mujer pasaba un poco más allá de su mesa. Iba en compañía de un hombre gordo.

La joven era rubia, esbelta, muy bonita.

Se sentaron en una mesa al otro lado del salón.

—¿La conoces? —preguntó Janine.

—¿A quién te refieres? —A esa joven, la rubia.

—No, claro. ¿Por qué la había de conocer?

—Te fijaste en ella.

—No en ella, sino en él. Pensé que era un antiguo conocido, pero me he dado cuenta de que me he confundido de persona.

—Entiendo.

—¿Eres celosa?

—Muchísimo.

Jonathan tomó una mano de ella entre las suyas y la apretó suavemente.

—Yo también lo soy, de modo que no consentiré ningún rival.

El camarero llegó con el primer plato, e interrumpieron la conversación para comer.

A los postres, él dijo:

—¿Cómo dejaste a Gracie? Me hablaste tantas veces de ella que casi la echó de menos.

—Se quedó llorando. Éramos las mejores amigas. Hemos compartido el apartamento durante tres años.

—¿Y ese hombre, el que te requebraba, el señor Holmes?

—Oh, era una tontería. Requebraba a todas las chicas de la sección.

—Pero preferentemente se dedicaba a ti.

—Sí, eso decía Gracie. Se comportó como un caballero. Tenía preparado un gran ramo de flores para entregármelo después de la ceremonia, pero delegué en Gracie. A Gracie le gusta el señor Holmes. Espero que terminen casándose. Harán un buen matrimonio.

—Amén —dijo él.

Bebieron café y nuevamente encendieron cigarrillos.

—Jonathan.

—¿Sí?

—En tus cartas me has dicho muy pocas cosas de ti.

—Nunca me ha gustado hablar de mí mismo.

—Ni siquiera sé a qué te dedicas.

—A las investigaciones.

—No me digas que me he casado con un sabio atómico.

—Oh, no. Mis investigaciones son de otra clase.

—Explícamelas.

—Sería demasiado complicado para ti. —No me importa que sea complicado.

—Son investigaciones científicas.

—¿Tienes un laboratorio?

—Sí.

—¿En el castillo?

—Claro.

—Ya sé, te pones una bata y miras por el microscopio.

—Así es.

—Tienes muchas jaulas con esos animalitos parecidos a los ratones.

—Sí, hay cobayas y otras muchas clases.

—Eh, no tendrás elefantes o leopardos...

—No. Sólo tengo un par de monos. Y algunos otros animalillos.

—Pero ¿qué es lo que tratas de descubrir?

—Ciertas reacciones que son comunes a todos los seres vivos. Ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora, señora Deming, hizo un viaje a través del océano, y su marido la estuvo esperando ansiosamente durante varias semanas. Los dos necesitamos descansar.

Abandonaron el salón.

Jonathan se quedó un poco retrasado para dar una propina al camarero.

Janine volvió la cabeza y tuvo la impresión de que su marido estaba mirando hacia la mesa donde estaba la rubia con su acompañante, el hombre obeso.

Jonathan se unió a su mujer y los dos subieron en el ascensor.

Al entrar en la *suite*, Jonathan rodeó a su esposa con los brazos.

Ella fue a decir algo, pero él le puso un dedo en los labios.

—Ahora no puede protestar, señora Deming, y no me diga que me esté quieto porque le voy a estropear su peinado. Tiene que resignarse. Después, Jonathan la besó en los labios.

* * *

Janine despertó y alargó los brazos hacia Jonathan.

Pero él no estaba en el lecho.

Se restregó los ojos y se incorporó ligeramente.

—¡Jonathan! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Entonces, se levantó y cubrióse con un salto de cama.

El cuarto de baño estaba a oscuras, pero comprobó que Jonathan no se encontraba allí.

¿Adónde habría ido su marido?

Bueno, no debía inquietarse. Probablemente Jonathan habría recordado de pronto algo urgente.

Encendió un cigarrillo y esperó, paseando de un lado a otro.

Terminó el cigarrillo y aplastó la punta en el cenicero.

Finalmente, se despojó del salto de cama y volvió a acostarse. Hacía frío.

Al cabo del rato, dormía otra vez.

Despertó cuando ya era de día.

Instintivamente alargó los brazos como cuando despertó de madrugada.

Ahora, sus dedos tocaron el cuerpo de Jonathan.

Una mano de él se posó en su cintura y después los labios de Jonathan la besaron en la comisura de la boca.

—Buenos días, querida. Janine saltó de la cama.

—Tengo un apetito de mil demonios, Jonathan.

—Desayunaremos en seguida.

—Prefiero que sea aquí, en la habitación, si no tienes inconveniente.

—No lo tengo.

—Haz el encargo mientras me visto.

—¿Quieres algo especial?

—Sólo lo que tú elijas.

Janine tomó una ducha y volvió al dormitorio cubriéndose con

un batín.

Jonathan le pasó una mano por la nuca y la atrajo hacia sí. La volvió a besar en los labios.

—Ahora me ducharé yo. Me han dicho que traerán en seguida el desayuno. No comas nada hasta que yo regrese.

—Date prisa, por lo que más quieras.

Un minuto después oyó el ruido del agua que caía sobre su marido.

—Jonathan... ¿Tienes padres?

—No.

—¿Hermanos?

—Tampoco.

—¿Qué familiares tienes entonces?

—Existe otro Deming que está relacionado con los condes de Bakefield.

—¿Quién es?

—Mi tío Francis.

—¿Vive contigo?

—No. Vive en Bedford, en una casa. Es el médico de la localidad...

—¿Es muy grande Bedford?

—No, muy pequeño. Sólo tiene cuatro mil habitantes...

El ruido del agua fue en aumento.

—¿Cuántas novias tuviste, Jonathan?

—No se oye nada...

—¡Te pregunté cuántas novias tuviste!...

—He ido con chicas, como todos los hombres, pero nunca me interesó ninguna para casarme.

—¿Por qué?

—La respuesta es muy sencilla. Ninguna era Janine Marsh.

—Muy halagador.

—¿Qué dices?

—¡Digo que es muy halagador!

—Ah, ya.

Llamaron a la puerta de la *suite* y Janine abrió.

Era el camarero, que empujaba la mesa rodante donde traía el desayuno.

Janine despidió al camarero y examinó el contenido de las

fuentes. Jonathan había pedido un banquete en lugar de un desayuno.

Se tocó el estómago mientras su boca se hacía agua.

—¡Jonathan!

El no le contestó y fue hacia, el cuarto de baño.

—Eh, Jonathan, ¿te falta mucho?

—Ya termino.

Jonathan salió frotándose la cabeza con una toalla, y cubriéndose con un albornoz.

Janine lo cogió del brazo y tiró de él.

—¿Es que me quieres atormentar?

—Eh, pequeña, tu apetito me resulta sospechoso.

—¿Por qué?

—No quiero que engordes. Pesas lo justo.

—¿Y qué pasa si engordo?

—Servirías como comida a mis animales.

Janine rió la respuesta de su marido.

Se dieron un beso, sentáronse ante la mesa rodante, y empezaron a dar cuenta del copioso desayuno.

Pasaron diez minutos y llamaron otra vez a la puerta.

—Adelante —dijo Jonathan.

Entraron dos hombres de paisano, pero había un tercer individuo, un policía de uniforme, que se quedó junto al hueco.

—Buenos días —dijo el hombre de paisano de más edad—. Soy Richard Johns, inspector de Scotland Yard. Discúlpenos, pero estamos haciendo una investigación de rutina.

—¿De qué se trata, inspector? —inquirió Jonathan.

—Una mujer fue muerta esta noche en esta misma planta.

—¿Qué me dice, inspector?

—La víctima se llamaba Helen Tucker, y ocupaba la habitación 423, al final del corredor... Soltera, de veinticinco años...

—¿Cómo murió, inspector?

—Fue estrangulada... —El hombre de Scotland Yard hizo una pausa—. Pero primero le hicieron dos incisiones.

—¿Dos incisiones?

—Sí, en el cuello... Lo siento, señor Deming, pero estamos preguntando en todos los apartamentos. Espero que usted se haga cargo.

—Desde luego.

—¿Salió usted de su apartamento esta noche?

—Inspector, era mi noche de bodas... Le presento a mi esposa, la señora Deming.

—Encantado, señora Deming —el inspector carraspeó—. Bien, creo que no necesito hacer más preguntas. Les ruego me perdonen de nuevo.

El inspector hizo una señal al hombre que le acompañaba y los dos se dirigieron a la puerta.

—Inspector... —dijo de pronto Janine.

Richard Johns se volvió con las cejas enarcadas.

—¿Sí, señora Deming?...

—¿Cómo era Helen Tucker?... Me refiero a su aspecto físico.

—Rubia, y muy bonita. Ojos verdes. Frente abombada. ¿Quizá la conocía?

—Oh, no. Pero la vi en el restaurante. Por si le sirve de ayuda, cenó anoche en compañía de un hombre muy obeso.

—Oh, sí, es el señor Morton, un industrial. El señor Morton y la señorita Tucker cenaron en el hotel y fueron a ver un espectáculo de revista. Luego, regresaron al hotel, y el señor Morton se despidió de la señorita Tucker en el vestíbulo, a la vista de los empleados. Eso ocurrió a las diez y media de la noche. Con este motivo, me temo que el señor Morton tendrá dificultades con su esposa, pero no con nosotros.

Janine se mojó los labios con la lengua.

—Inspector, ¿a qué hora murió Helen Tucker?

—No se lo puedo decir exactamente, pero debió ser durante la madrugada.

—Gracias.

Richard Johns hizo una inclinación con la cabeza y salió de la estancia con sus acompañantes.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Janine continuaba sentada, inmóvil, como una estatua. —¿Por qué hiciste esas preguntas al inspector, Janine?— inquirió Jonathan.

—¿No lo recuerdas?

—¿Qué cosa?

—Fue la rubia en que te fijaste cuando estábamos sentados en el restaurante.

—Perdona, Janine, pero ya te dije que no fue la rubia la que me interesó, sino el hombre que la acompañaba. Creí que lo conocía.

—Oh, sí, me lo dijiste. Disculpa.

Jonathan se acercó a Janine por detrás y le puso las manos en los hombros. Se inclinó sobre ella y la besó en el cuello.

Janine sintió un estremecimiento, recordando lo que había dicho el inspector acerca de la forma en que había muerto Helen Tucker.

—Querida —dijo Jonathan—. Nos iremos en seguida a casa.

—Sí, Jonathan —asintió pensando en las dos incisiones en el cuello que el asesino había producido en su víctima.

Por un momento, estuvo tentada de preguntar a Jonathan dónde había estado, cuando en la madrugada despertó y no estaba en el lecho.

—Tendremos que darnos prisa —dijo su esposo.

Janine alzó sus ojos y vio la cara de él sonriente, como la de un chiquillo.

Oh no, no podía preguntarle nada. Sería espantoso que ella dudase de su marido.

CAPÍTULO II

El castillo no era tal como Janine lo había imaginado, ya que no tenía siquiera foso, sus almenas eran más bien bajas, y sus paredes estaban cubiertas por enredaderas.

El castillo era cuidado por dos sirvientes, Geoffrey Fletcher y su esposa Marie Lombard, una francesa, con la que él se había desposado dos años atrás. No tenían hijos.

Sólo se utilizaba una parte del castillo, ya que la otra había sido tapiada.

—No poseo una gran fortuna —explicó Jonathan a Janine—. Tampoco la poseyó mi padre. El último Deming rico fue mi abuelo... Durante la época victoriana ganó bastante dinero traficando con cualquier cosa en Africa... Pero también lo dilapidó. Le gustaban las mujeres. Demasiado diría yo. Así que, papá sólo heredó el castillo, y tres o cuatro mil libras... Antes de dedicarme a la investigación científica monté una agencia de publicidad en Londres. Dio resultado. Una firma americana me hizo propuestas para trabajar con ellos, pero yo preferí traspasarles el negocio. Me lo pagaron bien. La renta del capital no da para hacer gastos fastuosos, pero tengo lo suficiente para vivir, y también lo habrá para ti.

—¿Y qué hay de nuestros hijos?

—No hablemos de ello ahora.

—Eh, Jonathan, tenemos que hablar. Es necesario, puesto que somos marido y mujer.

—Desde luego. Y estoy muy orgulloso de mi mujercita... Anda, ven, te voy a enseñar mi laboratorio.

Janine se sintió contrariada porque Jonathan hubiese cambiado de conversación.

El laboratorio estaba en el sótano.

Había muchas jaulas, tal como le había anunciado Jonathan. La mayoría de ellas encerraban cobayas, pero dos de ellas, más grandes, estaban ocupadas por sendos monos. Uno de ellos empezó a lanzar chillidos y a saltar.

—¿Qué le pasa? —dijo Janine.

—«Bill» me quiere mucho.

—¿Por qué le pusiste «Bill»?

—Tenía que llamarle de alguna forma para que nos entiésemos. Tuve un amigo que se llamaba Bill, y se parece mucho al mono... Espera, «Bill», ya sé lo que quieres. Ten un poco de paciencia.

El mono no tuvo paciencia porque saltó de un lado a otro de la jaula.

Jonathan sacó un plátano de un frigorífico y lo alargó a Janine.

—Toma, dáselo tú.

—No, de ninguna forma, me podría coger la mano Jonathan rió.

—«Bill» es inofensivo.

—No me lo parece a mí.

—Ya verás cómo es un buen chico.

Peló el plátano y acercó la fruta al mono, el cual tomó la fruta sin tocar a Jonathan.

—¿Lo ves?

De pronto, el mono pareció perder su interés por el plátano que sostenía.

Sus ojos estaban fijos en la joven.

—¿Por qué me mira así? —inquirió ella.

—¿Qué tiene de particular que quiera ser amigo tuyo? Seguro que «Bill» te comprende.

—Pero ¿cómo me va a comprender si no le he dicho nada?

—Todos los animales tienen un sentido superior al nuestro.

—¿A qué te refieres al hablar de un sentido?

—A la percepción.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Cómo un animal puede percibir más que un ser humano?

—Lo creas o no, es así. Algún día lo demostraré...

—Admito que los animales posean instintos especiales que nosotros hemos perdido. Pero no te puedes referir a la percepción

de un modo general.

—Cariño, esta discusión es demasiado complicada para ti, y me temo que no estás preparada para ella.

En aquel momento oyeron una voz.

—Vaya, aquí están los novios.

Los dos jóvenes se volvieron.

Un hombre de unos cuarenta años bajaba la escalera.

—¿Cómo estás, tío Francis?

Francis Deming era alto, carirredondo, con ojos color castaño.

—No me encontraba muy bien esta mañana —contestó—. Mi dichoso reuma. Por eso decidí no venir al castillo, pero a última hora me animé. Pensé que no estaría bien que el miembro más antiguo de la familia no diera la bienvenida a la nueva señora Deming. Y por el rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda que ha valido la pena. Señora Deming, es usted preciosa.

—Estoy encantada de conocerlo, tío Francis, pero me sentiré muy desolada si por mi culpa se resiente de su reuma.

—Eh, bribón, no me dijiste que tu esposa, además de bonita, era inteligente.

—Yo también lo ignoraba, tío.

—Entonces estamos los dos de enhorabuena —rió Francis.

—Es usted muy amable, tío, pero justamente llegó en el momento en que mi marido me decía que no debía discutir con él acerca de la sabiduría de un mono..., Francis Deming pegó un manotazo en el aire.

—No hagas caso a tu esposo cuando te hable de monos, de cobayas, o de sus malditas investigaciones. Yo soy doctor y aprendí hace mucho tiempo que es mejor dejar a Jonathan con la palabra en la boca. Nunca se resigna a que nadie le lleve la contraria, desde un punto de vista científico, claro. Por eso me alegré mucho de que se casase. Ahora aprenderá bien la lección, y sabrá que puede existir una persona que le lleve la contraria... Te ordeno que esa persona seas tú, Janine.

—Acepto —dijo la joven sin perder la sonrisa mientras levantaba la mano derecha.

Tío Francis se adelantó hacia la muchacha.

—Imagino que puedo besar a la novia.

Tomó a la joven por los brazos y la besó en la mejilla.

El mono al que Jonathan había llamado «Bill» se puso a dar más saltos que nunca y arrojó el plátano contra Francis, el cual lo recibió en el pecho.

—Eh, ¿qué significa esto?

Janine estaba perpleja mirando al mono.

Jonathan sonrió dando una palmada a su tío.

—Parece que Janine impresionó mucho a «Bill».

—Sólo falta que digas que se enamoró de ella.

—¿Por qué no había de estarlo? También ellos saben distinguir la belleza.

—Por favor, Jonathan —intervino Janine—. No me gusta que digas eso.

—Será mejor que salgamos para devolver la tranquilidad a «Bill». Fueron a la biblioteca y Jonathan preparó *whiskies*.

Janine observó los cuadros de personajes de doscientos o trescientos años atrás.

—¿Todos fueron condes de Bakefield?

—Desde luego.

—Sólo he contado seis. Son pocos.

—Hay otros doce, pero sus cuadros se encontraban en muy mal estado. Los envié a Londres para restaurar.

Francis estaba bebiendo su *whisky* y ahora tosió suavemente.

—Jonathan, he tenido que internar en una casa de salud a Thomas Queen.

—Lo siento.

—Su salud mental se ha ido agravando. Fue un duro golpe para él perder a su única hija, una muchacha en la flor de la vida... Por cierto, aún no se ha descubierto al asesino. Y tal como están las cosas, me temo que no se descubra nunca.

—Perdone, tío, ¿de quién están hablando? —preguntó Janine.

—De Evelyn Queen. Apareció asesinada en su dormitorio hace cosa de un par de meses...

—Tío Francis —intervino Jonathan—. Janine acaba de llegar a la casa y éste es un castillo que tiene cuatrocientos años de historia. ¿No te parece que el tema de tu conversación resulta demasiado siniestro?

—No, de ninguna manera —repuso Janine—. Siempre me han interesado los casos criminales.

Tío Francis, ¿cómo murió esa joven?

—Estrangulada. Pero antes de que acabasen con ella, le hicieron dos incisiones en el cuello...

CAPÍTULO III

Janine sintió un escalofrío desde la nuca hasta los talones, mientras Francis Deming proseguía:

—Era la hija única de Thomas Queen, un industrial de Bedford. Tiene una fábrica de plásticos a la salida sur del pueblo... El señor Queen había trabajado demasiado y su cabeza empezó a resentirse. Le aconsejé que vendiese el negocio y que se marchase con su hija a Europa. Iba a vender su negocio a una compañía rival de Liverpool la misma semana que su hija fue asesinada. —¿No se ha sabido nada del criminal?

—Ni una palabra.

Janine miró a Jonathan y lo vio de espaldas, con la cabeza ligeramente levantada.

Tío Francis apuró el contenido de su vaso y se puso en pie.

—He de dejaros. Ya nos veremos en otro momento.

La joven se acercó a tío Francis.

—¿Por qué no se queda a comer con nosotros?

—No puedo. He de visitar a varios enfermos.

—Entonces, venga esta noche y cenará en nuestra compañía.

Janine miró a Jonathan, el cual continuaba en la misma posición.

—Jonathan —lo llamó.

Su esposo giró. Estaba muy serio, el ceño fruncido.

—He invitado a tío Francis para que cene con nosotros esta noche.

—Sería preferible que viniese otro día.

—¿Por qué?

—Estás cansada.

—No, no lo estoy.

—Cariño, creo que has sufrido demasiadas emociones.

Ella recordó que, durante su noche de bodas, había sido asesinada en el hotel una mujer. Ahora, tío Francis le hablaba de otra mujer muerta anteriormente. Y daba la casualidad de que ambas mostraban incisiones en el cuello.

El pulso le empezó a latir con fuerza en las sienes.

—Creo que Jonathan tiene razón, querida —dijo tío Francis—. Lo dejaremos para mañana. Repito mi bienvenida. Creo que el castillo de Bakefield albergará a partir de ahora a su más bella condesa.

—Gracias, tío Francis —sonrió débilmente Janine.

—Te acompañaré, tío Francis —dijo Jonathan.

Al quedar a solas, Janine se apretó la frente.

Era absurdo lo que estaba pasando. Todo era obra de la casualidad. No podía ser otra cosa.

Apartó de su mente las ideas y se preparó otra ración de *whisky*.

Bebió un trago y el *whisky* le abrasó la garganta.

—¿Te encuentras mal?

Al volverse dando un respingo, vio a Jonathan en la puerta.

—¿Te he asustado?

—Un poco. Creí que tardarías más tiempo en regresar.

—Tío Francis no consintió que lo acompañase hasta el coche.

Jonathan fue a la mesa y tomó un vaso.

—Brindo por ti, cariño, y por nuestra felicidad.

Ella no dijo nada, y bebió también.

—¿Qué te pareció tío Francis? —preguntó Jonathan.

—Un hombre muy simpático. Creo que nos llevaremos bien.

—¿Quieres ver el resto de la casa?

—Sí, desde luego.

La llevó a la cocina donde se encontraba el matrimonio Fletcher.

Luego subieron por la larga escalera, al ala derecha, la única que se utilizaba en aquella parte. El dormitorio que iban a utilizar parecía formar parte del escenario de un filme de terror. La cama era de dosel y las paredes de madera muy oscura.

—¿Hay alguna puerta secreta? —preguntó Janine.

Jonathan rió.

—Creí oír a mi abuelo que había una, pero ya la tapiaron. En esta época no son necesarios los pasadizos... Quizá no te guste la

habitación.

—Me gusta —dijo ella, aunque todavía no se había formado una opinión.

—No quise modificar apenas este dormitorio pero, a cambio, instalé un cuarto de baño de lo más moderno.

Le enseñó el cuarto de baño. Desde luego no se había equivocado. No parecía formar parte del castillo sino de un hotel de lujo.

—Voy a tomar un baño —dijo Janine.

—Estupendo, yo vuelvo al laboratorio. He de registrar algunos datos con respecto a los animales... Mi investigación no admite demora.

Al quedar a solas, Janine se sentó en el borde de la cama.

¿Qué debía pensar de Jonathan y de los dos crímenes?

¿No era su marido un hombre extraño? ¿Y los dos crímenes? ¿No se habían cometido ambos por el mismo procedimiento a pesar de haber existido entre las dos víctimas una distancia geográfica considerable? Una había muerto en Bedford, y otra en Londres.

Oyó su voz interior:

«Pura casualidad, Janine. La vida es así de azarosa. ¿Qué es lo que pretendes preguntar a tu marido? ¿Si él mató a Helen Tucker, y a Evelyn Queen? ¿Qué esperas que te conteste él?».

Quiso desechar de su cerebro aquellos pensamientos levantándose de un salto y desvestiéndose rápidamente.

Tomó un baño caliente y luego se duchó con agua fría.

Más tarde se cubrió con una falda negra y un jersey rojo.

Jonathan no había regresado todavía.

Bajó la escalera y se dirigió al sótano.

Al tratar de abrir se encontró que la puerta estaba cerrada por dentro.

Iba a llamar con el puño cuando oyó una voz a su espalda.

—Señora Deming... —Era el criado llamado Geoffrey Fletcher—. Perdone, pero su esposo no quiere ser molestado durante las horas que pasa en el laboratorio.

—A mí no me dijo nada.

—Disculpe, pero me lo encargó a mí.

—¿Qué le encargó?

—Que si usted bajaba le dijese que lo esperase en la biblioteca.

La joven sintió una sorda irritación.

El criado tenía unos cincuenta años y era alto, de cejas muy espesas, y nariz aguileña. Ahora dijo:

—El señor Deming dijo que sirviese el almuerzo dentro de media hora, a menos que usted ordenase lo contrario.

—No, Geoffrey, estará bien en media hora.

El criado hizo una inclinación y se marchó hacia la dependencia de la servidumbre.

Janine miró la puerta tras la que se encontraba su esposo y por fin se fue a la biblioteca.

Tomó un libro, se sentó en un sillón disponiéndose a leer.

Al cabo de diez minutos no había pasado de la primera página.

Jonathan entró en la habitación.

—Hola, querida...

—Fui en tu busca al laboratorio. Estaba cerrada la puerta.

—Sí, es mi costumbre.

—Geoffrey me dijo le habías ordenado que no me dejase entrar.

—No quiero ser molestado cuando realizo mi trabajo. Debo establecer una separación entre mi vida íntima y mi laboratorio. ¿No es lo más correcto?

—No lo sé.

—Debes comprenderlo, Janine. Mis investigaciones son muy importantes —se inclinó sobre ella y la besó en el cabello—. Si entrases en el laboratorio, sólo pensaría en ti. Y eso sería muy malo para mi trabajo.

Ella alzó la cara y preguntó:

—Jonathan, ¿dónde estuviste la noche pasada?

Jonathan la miró a los ojos.

—Querida, la noche pasada estuve contigo.

—Me desperté de madrugada, en el hotel, y tú no estabas en la cama.

—¿Qué?

—No estabas, Jonathan.

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? Claro que estuve contigo. Cariño, fue nuestra primera noche de matrimonio... No me habría apartado de ti por nada del mundo —la besó en los labios—. Anda, nena, vamos a cenar.

Janine estaba como insensible. Las palabras de su esposo la

habían dejado estupefacta, sin capacidad para reaccionar.

Jonathan la tomó del brazo y los dos fueron hacia el comedor. Mientras caminaban, Janine se decía que era imposible se hubiese equivocado. No, no había ningún error. Estaba segura de que, cuando ella despertó en la *suite*, su esposo no estaba a su lado, y aproximadamente, en aquellos momentos, la esbelta rubia era estrangulada.

CAPÍTULO IV

Mientras comían, Janine miraba de vez en cuando a Jonathan.

¿Qué clase de hombre era Jonathan Deming?

¿Estaba enamorada de él?

Bueno, lo había estado.

¡Eso quería decir que quizá ahora no lo estaba!

Rechazó tal idea. De nuevo, pensó que todo consistía en un juego de azar. Sí, eso era. La casualidad le estaba jugando una mala pasada.

Aquellas cosas que le inquietaban eran meras coincidencias. ¿No se decía así al comienzo de algunos filmes? «Las situaciones y personajes de esta película son fruto exclusivamente del autor, por lo que cualquier semejanza con personas o hechos pasados o actuales serán simples coincidencias».

Pero ¿cómo podía explicar lo de su esposo? Jonathan negaba haber salido de la *suite* nupcial.

¿Y si fuese un sueño de ella? Qué tontería. Estaba segura de haber despertado.

¿Y la rubia muerta con las incisiones en el cuello?

¿Y aquella Evelyn Queen que un mes atrás estaba viva en Bedford, y que también apareció asesinada con aquellas marcas en el cuello?

—¿En qué piensas, querida?

Janine se sobresaltó.

Jonathan le estaba sonriendo.

—En todo.

—¿Qué es todo?

Ella forzó una sonrisa.

—En el castillo, en tu tío, en los criados...

Oyó su voz interior:

«Eres una traidora, Janine. ¿Por qué no le has dicho la verdad? Tal como están las cosas, deberías ser sincera y decirle: estoy pensando en esas mujeres muertas, en la rubia y en Evelyn Queen, y en que tú muy bien pudiste matarlas, porque tuviste la oportunidad. Los dos asesinatos fueron semejantes porque las víctimas fueron estranguladas, y, antes de ser muertas, el asesino les produjo dos incisiones en el cuello. Exactamente como las que podría dejar un vampiro».

Al llegar a aquel punto, Janine saltó de la silla.

—¿Qué te pasa, Janine?

—Nada. No me pasa nada.

—Estás pálida.

Claro que estaba pálida, porque en su cerebro se había producido una colisión de nombres:

Conde Drácula y conde de Bakefield.

—Debe ser una ligera indisposición —dijo.

—Será mejor que duermas un poco.

—Sí, me acostaré.

—Puedo llamar a tío Francis.

—No, no hace falta. Creo que cuando duerma se me pasará.

—Como tú quieras.

Los dos se levantaron.

—Te acompañaré —dijo Jonathan.

—Puedo ir sola. No quiero que te molestes.

—Está bien. Te veré luego.

Janine sonrió débilmente y salió del comedor. Fue a su habitación.

Ya se encontraba mucho mejor. Encendió un cigarrillo.

¿Qué clase de experimentos realizaba Jonathan en su laboratorio? Debían ser muy importantes cuando guardaba tan riguroso secreto.

Iría al pueblo y hablaría con tío Francis. Tenía la impresión de que tío Francis era un hombre simpático. Había demostrado ser un hombre completamente normal durante su primera entrevista.

Terminó de fumar el cigarrillo y pensó que era el mejor momento para abandonar la casa. Le diría a Jonathan que había salido a pasear. Al fin y al cabo, ¿no iba trabajar él toda la tarde en

el laboratorio?

Bajó la escalera y llegó al vestíbulo sin que hubiese visto al criado.

Miró la puerta del sótano tras la que se encontraba su esposo y, finalmente, abandonó el castillo.

No le importaba andar las cuatro millas que le separaban del pueblo.

Hacía una temperatura muy agradable, 17 ó 18 grados y las nubes avanzaban raudas hacia el oeste.

A dos millas del castillo, descubrió a la izquierda una vegetación frondosa y un río. Estaba como a cien yardas.

Podía perder unos minutos.

Decidió mojarse los pies. Le gustaba sentirse acariciada por las aguas que corrían. Lo había hecho de pequeña, pero en Nueva York una tenía muy pocas oportunidades para tal entretenimiento.

Se sentó en una piedra y se despojó de los zapatos.

Ya había metido los pies en el agua cuando oyó una voz.

—Demonios, me espantó la trucha.

Janine giró la cabeza a la izquierda y vio a un hombre con una caña de pescar.

Pasados unos segundos de sorpresa, ella dijo:

—No sabía que hubiera nadie.

Janine pudo ver sus facciones varoniles, el cabello y ojos negros, la piel muy bronceada. Cubría las piernas con altas botas de goma.

—Estaba pescando entre los arbustos —explicó él—, pero me vine a este lugar cuando vi subir una enorme trucha... Ya iba a tragarse la mosca, cuando usted metió sus piececitos en el agua. Entonces, la trucha salió disparada.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Se perdió.

—Lo siento mucho.

—No se preocupe. Ha cumplido exactamente su deber.

—¿Mi deber? ¿A qué se refiere?

—A entrometerse.

—Eh, oiga, me parece que usted no es un hombre muy correcto.

—¿Ah, sí? ¿Cómo quiere que me comporte después de haberme espantado la más hermosa trucha que encontré en mi vida?

—¿Sabe una cosa? Que me alegro haberla espantado.

—¿Qué?

—Le iba a pedir excusas, pero ahora prefiero decir la verdad.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó él con los dientes apretados.

Ese pez merecía seguir viviendo.

No me diga que es usted vegetariana.

No, no lo soy.

Entonces, ¿por qué defiende a las truchas?

—Sólo estoy defendiendo a esa trucha, a la suya, a la que por fortuna logró escapar. Forma parte de este paisaje... Me satisface que usted no la haya pescado, que ella pueda continuar por aquí. Es un hermoso lugar, y ella tiene derecho a seguir viviendo en este bonito río...

—Entiendo. Pertenece a la Sociedad Protectora de Animales.

—De nuevo se equivoca. Tampoco pertenezco a la Sociedad Protectora de Animales...

La joven sacó los pies del agua y, sin esperar a que se secasen, se puso los zapatos.

Luego, se levantó de un salto.

—Ya me voy. Puede seguir pescando.

—Yo no la he echado de aquí... Puede continuar tomando su baño de pies. Pescaré más abajo.

—Por nada del mundo me quedaría sabiendo que está usted. Si se le escapa otra trucha, me hará la responsable.

—Es usted muy amable.

—No puedo decir lo mismo de usted...

La joven echó a andar.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que andaba muy de prisa porque estaba irritada. El encuentro con aquel desconocido había sido la gota que desbordó el vaso de su paciencia. Al llegar al pueblo, se detuvo pensando que ignoraba la dirección de tío Francis, Eso no debía de ser obstáculo, puesto que todo el mundo lo sabría.

Vio a un muchacho que pedaleaba en una bicicleta.

—Busco al doctor Deming —le dijo.

—Vive en la calle de la Encina, está cerca de aquí, segunda a la derecha, en el número 24 —dijo el muchacho sin dejar de pedalear.

Poco después, Janine se encontraba ante una bonita casa, rodeada por un cuidado jardín.

Pulsó el timbre y le abrió una mujer seca, delgada.

—Quiero ver al doctor Deming.

—¿No sabe que el doctor no recibe hasta las cinco?

—Soy nueva aquí. Gracias, volveré luego.

—¿Quién le digo que ha venido?

Janine se dijo que no podía decir que era la señora Deming porque entonces, el ama de llaves, la criada o lo que fuese, despertaría al doctor.

—Dígale que soy Janine... Hasta luego.

Cuando se alejó de la casa se preguntó qué haría ahora. Bueno, daría una vuelta por el pueblo y conocería el lugar en donde iba a vivir el resto de su vida.

El resto de su vida. Aquellas palabras le hicieron estremecer de nuevo. Oh, no, eso era imposible. Cada vez estaba más convencida de que había cometido un error al casarse con Jonathan Deming.

Pero ¿por qué pensar en ello ahora?

Andando, instintivamente, sus pasos la llevaron a la estación.

Como estaba cansada, se sentó en un banco de madera.

Un hombre que portaba dos maletas vino a su lado.

—¿Va a Londres?

—No —contestó Janine.

—Qué lástima. Podríamos haber charlado durante el viaje —se sentó a su lado—. Mi nombre es Stuart Winter.

Janine Deming.

Encantado, Janine... Acaba de conocer usted al vendedor más dinámico de Inglaterra.

Se le ve modesto.

¿Verdad que sí? Debí decir de toda Europa.

—¿Por qué no de todo el mundo? —sonrió ella.

—Oiga, no está mal eso. Pero dejemos mi trabajo y hablemos de usted... El campo le sienta mal, tiene la cara pálida. Lo que le interesa es el puré de guisantes de Londres.

La joven rió de buena gana la salida de Stuart Winter.

—Oiga, Janine, estoy seguro de que usted y yo podemos ligar.

Stuart puso el brazo por detrás de Janine, rozándola.

La joven lo miró con las cejas enarcadas.

—Va usted muy aprisa, señor Winter.

—No lo suficiente.

—A mí me parece que sí, de modo que eche el freno.

—No sea quisquillosa. Vive usted en este pueblo, y no comprendo cómo una chica tan linda como usted, se conforma con tan poca cosa. Debería ver mundo.

—Ya lo vi.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Nueva York.

Winter se quedó con la boca abierta unos instantes.

—Eh, trata de engañarme...

—No, señor Winter. Vine de Nueva York ayer... Y mi esposo me está esperando...

Janine se levantó del banco y, sonriendo al ver la cara de perplejidad de Stuart Winter, se alejó de la estación.

Al menos, aquel encuentro con el viajante de las manos largas, había servido para romper la monotonía.

A su paso por la calle vio la hora en una relojería. Faltaban todavía unos noventa minutos para las cinco, la hora en que el doctor Deming empezaba a recibir sus visitas.

Vio un café y pasó al interior.

—¿Qué va a tomar, señora? —le preguntó un hombre calvo, de cejas blancas.

—Un martini. Por favor, llévelo a la mesa que hay al lado de la ventana.

—Desde luego.

Janine se sentó ante la mesa, sacó un cigarrillo y lo encendió.

De pronto oyó el ruido de un avión. Era un *jet*. Probablemente se dirigía a Estados Unidos.

Tenía un camino. Regresar a Nueva York. ¿No sería eso preferible a continuar allí?

Pero ¿podría abandonar a un esposo, a un hombre con el que acababa de casarse? La respuesta era sí, porque las circunstancias que rodeaban su matrimonio eran verdaderamente extraordinarias.

Bebió su martini a pequeños sorbos.

De repente, oyó una voz a su lado:

—Le debo una disculpa.

Era el pescador de truchas. Pero ahora no tenía las botas puestas. Se cubría con un pantalón gris y un jersey blanco.

Antes de que ella pudiese decir nada, él ya se había sentado en

una silla.

—No le he invitado a que se siente.

—Vengo a firmar la paz con usted.

—Yo no.

—¿Por qué no?

No acostumbro a hablar con desconocidos.

Eso tiene fácil arreglo. Soy John Harper, Johnny para los amigos...

No voy a ser su amiga, señor Harper, de modo que le sobra la aclaración.

Admito que estuve demasiado brusco, pero debe tener en cuenta lo ocurrido. Estaba persiguiendo a esa trucha desde la mañana. ¿Se imagina seis horas en el río esperando cazar una pieza? Y precisamente, cuando ya creía tenerla en mi anzuelo, ocurre algo imprevisto y se me escapa. Pero debo agregar algo... Esta vez me gustó lo imprevisto, su presencia. De verdad. Janine lo miró a los ojos. Parecía sincero.

—Soy Janine Deming.

—Encantado, Janine. ¿Quiere aceptar mi invitación?

—No, gracias. Estoy bebiendo ya.

Harper pidió un *whisky* al camarero.

—Le veo el anillo de casada —dijo Harper—. ¿Está su marido aquí?

—Sí. —Janine se dijo que John Harper era como el viajante que había conocido en la estación. También a él le interesaba ella desde un punto de vista personal. Pero Harper también se equivocaba. Ella era una mujer decente.

—Estoy pasando mi luna de miel, señor Harper.

—Entonces, ¿por qué está sola?

—Mi marido se quedó trabajando.

—Entiendo, se dedica a las labores del campo.

—No. Es investigador científico.

—Caramba, eso es muy distinguido.

—Sí, mucho, en especial porque él es el conde de Bakefield.

John Harper encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Mi horóscopo decía que hoy conocería a una persona importante, pero no aclaraba que fuese una condesa.

—¿Cree de verdad en los horóscopos?

—Claro.

—Tonterías —rió Janine.

—¿Qué día y qué mes nació usted?

—El 17 de marzo.

—Entonces le puedo decir su horóscopo para esta semana.

Ella enarcó las cejas.

—¿Lo sabe de memoria?

—Desde luego. Acostumbro a leer todos los horóscopos para saber las cosas de mis amigos.

—¿Y qué dice el mío esta semana?

Harper alzó los ojos mirando al techo, tratando de recordar. «Ocurrirá algo trascendental en su vida. No pierda la serenidad». Hubo un silencio.

Harper sonrió.

—¿Qué tal?

Janine se mojó los labios con la lengua. ¿Harlaría en serio John Harper? ¿No había ocurrido aquel hecho trascendental en su vida aquella semana?

—Señor Harper, no me ha impresionado nada.

—Yo creí que sí.

—¿Por qué lo creyó?

—Por la cara que puso al oírme.

—Lo que dijo no deja de ser una vulgaridad. Yo también he leído alguna vez esos horóscopos que se insertan en los diarios o en las revistas. Hablan de vaguedades. Por ejemplo, examine mi caso, eso del hecho trascendental. Puede ocurrirme cualquier cosa que supuestamente serviría para justificar el pronóstico...

—¿Por ejemplo?

—Un automóvil que frena antes de atropellarme. Eso cumpliría la predicción... Imagínese que no hubiese frenado, me habría matado, y yo estaría muerta o sería herida gravemente... —¿Le ocurrió eso? Quiero decir lo del automóvil.

—No.

—Entonces, no sirve. Tendrá que buscar otro hecho.

Ella levantó la barbilla.

—No me ha ocurrido ninguna cosa trascendental.

Mentía, pero no estaba dispuesta a ceder un ápice de terreno a Harper.

—Bueno —sonrió él—, hoy todavía es jueves. Quedan tres días de la semana para que la profecía pueda cumplirse.

—¿Es usted mago, señor Harper?

—Oh, no. Trabajo para una agencia de viajes. Estoy metido en eso de las relaciones públicas.

—¿Y qué hace por aquí?

—Vine a pescar. Simplemente a eso. Me dieron cuatro días de vacaciones.

—¿Conocía ya Bedford?

—No, es la primera vez que lo visito. Me lo aconsejó un amigo que vino por aquí y logró una buena pesca...

—¿Y qué pescó usted hasta ahora, señor Harper?

—Dos truchas muy pequeñas, que arrojé al río.

—Conozco el resto de la historia. Yo le espanté su pieza mejor...

—Quizá mañana tenga más suerte, aunque le aseguro que no me quejo de la que tuve. La conocí a usted.

Janine sintió que él la acariciaba con los ojos. Bebió el resto de su martini y se levantó.

El también se puso en pie.

—¿Por qué no se queda un poco más, Janine?

—Debo hacer una visita, y además no quiero volverlo a ver.

—Creí que habíamos firmado la paz.

—Señor Harper, soy casada.

—Sí, ya lo dijo.

—Para mí, el matrimonio es muy importante.

—Para mí también.

—¿Así que es casado?

—Oh, no. Pero considero que cuando me case será muy importante para mí. Pienso ser uno de esos maridos fieles, que aman a su mujer hasta que la muerte los separa.

—Lo dudo.

—¿Y por qué lo duda?

—Por su facilidad para las relaciones públicas.

El río de buena gana y su risa le gustó a Janine. Parecía la de un hombre sano, optimista. Su esposo, Jonathan, no reía de esa forma. Pero ¿qué estaba pensando?

—Adiós, señor Harper.

—Quizá nos veamos mañana.

—No pienso ir por el río.

—Yo estaré allí por si cambia de opinión.

—Es mejor que no vaya o se expondrá a que le espante la trucha.

—La daría por bien perdida si puedo estar unos minutos con usted.

—Señor Harper, no se haga ilusiones porque no pienso ir.

—Usted no puede luchar contra su horóscopo.

Janine no quiso seguir hablando con John Harper. Abrió su bolso y se dirigió al mostrador.

—Oh, no, de ninguna forma —dijo Harper—. Yo la invité.

—Gracias —dijo Janine y salió del local.

Cuando llegó a la casa del doctor Deming, se dio cuenta de que, durante el camino, había estado recordando su diálogo con John Harper. En cambio, había olvidado al viajante que conoció en la estación. ¿Y qué significaba eso? Simplemente que John Harper era un poco más simpático. Nada más. Pero ¿qué clase de mujer era ella? Se había casado hacía sólo dos días y, en lugar de tener en la mente a su marido, pensaba en otros hombres. No, eso no era propio de una mujer decente. Al llegar a este punto de sus pensamientos, sintió que sus mejillas le ardían.

Lo olvidó cuando pulsó el timbre y le abrió la mujer seca.

—Señora Deming, ¿por qué no se dio a conocer cuando vino antes? El doctor dijo que la habría recibido inmediatamente.

—No quería interrumpir el sueño del doctor.

—Soy Caroline Mercy.

—Encantada de conocerla, señora Mercy.

Janine fue conducida al gabinete del doctor, el cual se levantó de detrás de una mesa y salió a su encuentro.

—Janine, debiste aclararle a mi ama de llaves que eras la señora Deming.

—No tuvo importancia.

—Anda, siéntate.

Janine ocupó una silla mientras el doctor volvía a su sillón, tras la mesa.

—¿Has venido a curiosear el pueblo?

—No, no fue ésa la razón. Vine a verte, tío Francis.

—¿Te refieres a una visita profesional?

—No, no es eso.

—¿De qué se trata entonces? —De Jonathan.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—¿Si?

—Toma demasiado en serio sus investigaciones, trabaja mucho, y pensé que, con motivo de su matrimonio, se tomaría unas vacaciones. Yo se lo aconsejé. Pero ya me di cuenta de que mis palabras no sirvieron para nada. Apuesto a que ya está otra vez en su sótano.

—Sí, tío Francis.

—Ese muchacho está obsesionado con ese condenado trabajo suyo.

—¿Cuál es el objeto de esas investigaciones, tío Francis?

—¿No te lo ha dicho?

—No.

—Entonces, tú y yo nos podemos dar la mano.

—¿Tampoco sabes tú lo que Jonathan investiga?

—No tengo la menor idea. Sólo sé que allí tiene monos, cobayas, pero ni una palabra más... Cuando empezó sus trabajos, hace unos tres años, le hice, algunas preguntas, pero me contestaba con evasivas y dejé de interrogarle. Sólo habría servido para que las relaciones entre él y yo se enfriasen y no quería perder al único sobrino que me queda.

—Comprendo —dijo Janine y se quedó pensativa.

—¿Cuál es tu problema?

Janine se estaba preguntando cómo enfocar la cuestión. Había tenido mucho tiempo por delante desde la primera vez que llamó a la casa del doctor. Sin embargo, lo había perdido por culpa del viajante que encontró en la estación y del pescador de truchas con el que había charlado en el café.

Finalmente, se dijo que no tenía derecho a hacer ciertas preguntas.

El propio Francis le acababa de decir que no quería perder la amistad de su único sobrino. ¿Por qué ella se iba a interponer entre los dos? Después de todo, ¿no eran ridículas sus sospechas? Oh, no, de ninguna forma lo eran, puesto que existían las dos víctimas, las dos mujeres, en cuyo cuello el asesino había hecho las dos incisiones antes de estrangularlas.

Se dio cuenta de que él esperaba su respuesta.

—Perdona, tío Francis, pero estoy, un poco confusa.

—Eso lo comprendo perfectamente. Sólo habías conocido a mi sobrino por fotografía. Bueno, también contaron las cartas, pero ya supuse que las relaciones entre vosotros después del matrimonio podrían resultar un poco difíciles. Sinceramente, pensaba que Jonathan cometía una tontería, pero después de conocerte cambié de opinión. No lo digo por alabarte, pero estoy seguro de que eres una mujer maravillosa, una mujer capaz de hacer feliz a cualquier hombre.

—Eres muy amable, tío Francis.

—Sería injusto si no te hubiese dicho lo que pienso.

Janine se mordió el labio inferior. La pregunta pugnaba por salir de sus labios y al fin la soltó.

—Tía Francis, ¿qué relación existía entre Jonathan y Evelyn Queen?

Francis arrugó el entrecejo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Es necesario que lo sepa.

—Bien, ellos estuvieron a punto de casarse.

—¿Qué pasó para que rompiesen el compromiso?

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente.

—Janine, ¿qué haces aquí?

Era Jonathan.

CAPÍTULO V

—Quería visitar el pueblo —contestó Janine—. Imagino que no habrás interrumpido tu trabajo para venir a buscarme.

—No, en absoluto. Tenía que venir a Bedford para retirar un pedido y entré a saludar a tío Francis. Me ha sorprendido verte porque pensé que estarías en el castillo.

—Me aburría allí.

Janine se arrepintió de haber dicho aquello. No era propio de una mujer recién casada, pero ¿acaso podía decir la verdad, que había ido a Bedford para investigar acerca de su esposo?...

—He traído el auto —dijo Jonathan—. Anda, vamos.

Se despidieron de tío Francis y poco después viajaban hacia el castillo.

—Le acababas de hacer una pregunta a tío Francis cuando yo entré —dijo de pronto Jonathan.

—Sí.

—Querías saber por qué Evelyn Queen no se casó conmigo.

—Así es.

—Te contestaré. —Jonathan hizo una mueca—. Un hombre y una mujer pueden prometerse en matrimonio pero, en un momento determinado, cualquiera de ellos tiene derecho a comprender que se equivocó.

—¿Y cuál de vosotros pensó que se había equivocado?

—Yo.

—¿Por qué?

—No la quería... Había existido una especie de espejismo. Creí estar enamorado de ella. Por fortuna, me di cuenta antes de que fuese demasiado tarde —él la miro—. ¿Estás satisfecha? —No mucho.

—¿Por qué?

—No deberías preguntar eso. Tú lo sabes.

—No, no lo sé. Dímelo tú.

—Me refiero a la muerte de Evelyn Queen y a la de Helen Tucker.

Jonathan sacó el coche del camino y frenó entre unos arbustos.

Ella se volvió asustada.

—¿Qué haces?

—Quiero hablar contigo acerca de eso.

Ella miró a su alrededor. No vio a nadie. Ahora echó de menos al pescador de truchas.

—Ya supongo lo que tienes en la mente —dijo Jonathan—. Crees que estoy relacionado con esas muertes. Más aún, piensas que maté a Evelyn Queen y a Helen Tucker.

Janine se arrepintió de haber suscitado aquella cuestión. Era horrible. Pero ¿no era preferible enfrentarse con los problemas cara a cara?...

—Jonathan, ¿fuiste tú?

—No.

Jonathan sonrió con amargura.

—Sé que no me crees, Janine.

—Quisiera creerte...

—Ten confianza en mí. —Lo estoy intentando.

—Te he dicho que no quería a Evelyn Queen, pero le tenía afecto. No podía matarla...

—Entonces, ¿quién la asesinó?

—Si lo supiese, lo habría denunciado a la policía.

Jonathan, ¿qué significan esas incisiones en su cuello?...

—Hay bebedores de sangre...

—¿Vampiros?

—No, eso de los vampiros es una leyenda. Tú no puedes creer en la historia del conde Drácula.

Janine sintió otra vez aquel escalofrío. Ella misma había comparado a su marido, el conde de Bakefield, con el conde Drácula.

—No puedo admitir que seas tan supersticiosa, Janine. El conde Drácula es un personaje novelesco, un muerto que de noche sale de su caja y vuela en busca de una presa...

—Sí, lo sé, he visto algunos filmes del conde Drácula. Elige sus víctimas entre las mujeres...

—Entiendo tu puntualización. En nuestro caso hay dos víctimas y las dos son mujeres, Evelyn Queen y Helen Tucker. Y, por añadidura, yo soy conde... Pero no estoy muerto... No, Janine, no estoy metido en un ataúd, ni espero la noche para salir de él. Tampoco soy capaz de volar. Obsérvame bien.

Ella se quedó quieta.

—Te he dicho que me observes —le cogió la mano y se la llevó a las axilas. Ella gritó.

—Déjame, Jonathan.

—Sólo quiero que compruebes que no tengo alas. —Es ridículo.

—Sí, pero tú lo has hecho necesario, Dudas de mí.

—Podrías haberlas matado sin ser como el conde Drácula. Sé perfectamente que no estás muerto, que no tienes necesidad de esconderte en un ataúd cuando llega el día.

—No las maté.

—¿Qué hiciste anoche?

—Estuve contigo.

—Te valió la primera vez, pero no ahora.

—¿Qué quieres decir, Janine?

—Desperté durante la madrugada.

—¿Y qué?

—No estabas conmigo.

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo estaba a tu lado.

—No estabas en la cama, ni en el dormitorio, ni en el cuarto de baño. ¿Dónde fuiste, Jonathan?

—No fui a ninguna parte. Pasé contigo toda la noche.

Ella negó con la cabeza sin decir palabra.

Entonces Jonathan la tomó por los brazos. En sus ojos chispeaba la furia.

—¿Es que te has vuelto loca?

—Sé lo que digo. No estabas a mi lado, ni en la *suite*.

—Tengo una explicación. Tú no despertaste.

—¿Qué?

—Ya lo has oído, creíste despertar, pero sólo se trataba de un sueño.

—Me puse el salto de cama y fumé un cigarrillo mientras

paseaba por la habitación. Decidí esperar a que regresases...

—No, de ninguna forma. Tú no te pusiste el salto de cama, ni fumaste el cigarrillo ni paseaste por el dormitorio. Creíste hacerlo. Te repito que estabas soñando...

—No, Jonathan, sé que fue realidad.

—¿Por qué estás tan segura? A veces los sueños son tan reales que estamos dispuestos a jurar que hemos vivido las escenas.

Janine sentía que los dedos de Jonathan se clavaban en su carne. Me estás haciendo daño.

—Quiero que repitas que todo fue un sueño.

—Está bien, Jonathan. Todo fue un sueño —dijo Janine en un murmullo.

—Apenas te oigo. ¡Repítelo!

—Soñé que despertaba, que tú no estabas a mi lado. Entonces, me puse la bata, encendí un cigarrillo y me puse a pasear. —Así fue todo— dijo él y la dejó libre.

Janine cerró los ojos con fuerza. ¿Qué le pasaba a Jonathan? Él le había dicho que estaba loca y ahora ella se estaba preguntando si él no sería el loco.

Jonathan puso en marcha el auto y lo llevó a la carretera.

Viajaron en silencio y, mientras tanto, las ideas golpeaban en la mente de Janine.

Llegados a la casa, Jonathan dijo:

—Necesito ir al laboratorio, pero terminaré en seguida. Me reuniré contigo en la biblioteca.

Ella asintió. Quería estar a solas.

Otra vez reflexionó sobre su situación. ¿Qué debía hacer? Sólo tenía un camino. Decirle a Jonathan que ambos se habían equivocado, que su matrimonio era un fracaso. Debía regresar a Nueva York. No podía seguir allí una sola noche más.

De pronto, el teléfono se puso a repiquetear.

Janine giró sobresaltada. ¿Quién sería?

El timbre seguía sonando.

Dio unos pasos y tomó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó.

—John Harper.

—¿Qué quiere, señor Harper?

—Hablar con usted.

—Imagino que se trata de una broma.

—No, de ninguna forma. Me encuentro en mi habitación del hotel George. Estaba recordando nuestro primer encuentro... Ahora opino que fue simpático.

—Lo celebro, pero debo colgar, señor Harper.

—¿Qué le pasa, Janine? ¿Por qué tiene tanta prisa?

—Ya le dije que soy casada.

—Sí, claro, me lo dijo, pero desde aquí no la puedo morder.

—Señor Harper, no consentiría que me mordiese aunque estuviese a mi lado.

—Oiga, ¿qué le parece si me acerco por el castillo, usted sale y damos un paseo?

—Gracias, señor Harper, pero no tengo ningún deseo de dar un paseo por los alrededores del castillo.

—Estaba dispuesto a contarle mi vida.

—Me temo que no me interesan sus andanzas, señor Harper.

—Es lo que usted cree. Me han pasado cosas muy interesantes.

—Señor Harper, estoy esperando a mi esposo.

—¿Dónde está él?

—Aquí mismo, en su laboratorio.

—Pero ¿en qué está pensando él para plantarla a usted?

—No me ha plantado. Está trabajando.

—Ya es muy tarde, su marido debería ocuparse de usted.

—Es usted un impertinente, señor Harper.

Janine sentía deseos de colgar pero, al mismo tiempo, se decía que el pescador de truchas le permitía olvidar por unos instantes su situación.

Está bien, Janine, si no puede pasear ahora, la espero mañana. Estaré en el mismo sitio donde nos conocimos.

—Ya le dije que no iría.

—Entonces, desmentirá su horóscopo.

—También le advertí que no creo en los horóscopos.

—Debería creer. Pero, de todas formas, lo que le ocurra esta semana le hará cambiar.

—Se equivoca, señor Harper —dijo Janine y colgó.

Quedóse quieta mirando el teléfono, pensando en Johnny Harper y en que era un hombre muy distinto a Jonathan.

De repente oyó el ruido de un motor.

Se acercó a la ventana.

Un auto se apartaba de la casa. Era el de Jonathan. Justamente, el vehículo dio la vuelta y pudo ver al conductor, su esposo.

¿Por qué no le había dicho dónde iba? ¿Se dirigía a Bedford para hablar con su tío Francis?

El auto se perdió a lo lejos. Al volverse quedóse mirando el teléfono. ¿Y si Jonathan había escuchado su conversación telefónica por una desviación? Pero ¿qué importancia tenía eso? Oh, no, Jonathan no podía ir en busca de John Harper para pedirle cuentas. Era completamente absurdo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Era el criado Geoffrey.

—Señora Deming, el señor me dio un recado para usted.

—No comprendo. ¿Por qué mi esposo no me habló directamente?

—Lo siento, señora, tenía mucha prisa.

—Está bien. Deme ese recado.

—El señor Deming ruega lo disculpe, pero tuvo que irse.

—¿Adónde fue?

—A Liverpool.

—¿A Liverpool? ¿Para qué?

—Tiene allí un colega. Todas las semanas va a Liverpool al menos una vez.

—¿Quién es su colega?

—La doctora Deborah Fieling.

Janine dejó correr unos segundos.

—¿Conoces a Deborah Fieling, Geoffrey?

—No, señora, nunca la he visto, Pero sé que el señor habla con ella por teléfono algunas veces. —Gracias, Geoffrey.

—¿Cuándo quiere la cena, señora Deming?

—Ya te avisaré. Ahora no tengo apetito.

—Como quiera, señora Deming.

El criado hizo una inclinación y se retiró.

Janine paseó por la habitación.

¿Por qué Jonathan no le había dicho que se marchaba a Liverpool?

¿Qué misterio se escondía tras las investigaciones de su esposo?

¿De qué forma Jonathan estaba relacionado con las muertes de Helen Tucker y Evelyn Queen?

Naturalmente, el laboratorio estaba cerrado con llave. Fue hacia la mesa y abrió un cajón.

Encontró un cortapapeles de acero.

Con él escondido, salió de la estancia.

El criado no se veía en el vestíbulo.

Fue hacia el laboratorio.

Tal como suponía la puerta estaba cerrada con llave. Probó con la hoja de acero, pero no era el instrumento adecuado, o ella era torpe para lograr un resultado práctico.

—¿Qué hace, señora Deming?

Se volvió dando un grito.

Aquel criado se trasladaba de un lado a otro como si fuese un fantasma, sin hacer el menor ruido.

La estaba mirando fijamente.

—Quiero entrar en el laboratorio de mi esposo.

—No puede, señora Deming.

—¡Quiero que me des la llave!

—No tengo ninguna llave.

Janine respiró profundamente y se acercó al criado.

—Geoffrey, ¿a qué se dedica mi marido?

—Hace investigaciones.

—Eso ya lo sé... Pero, quiero conocer la clase de investigaciones que realiza ahí dentro con los cobayas y los monos.

—Lo siento, señora, pero yo también lo ignoro.

—¡Mientes!

—Perdone, señora Deming, pero está muy excitada.

Debería tomar unos comprimidos... Casualmente tengo unos que le servirán.

—¡No tomaré nada!

—Como quiera la señora.

El criado hizo otra inclinación y se alejó hacia las dependencias de la servidumbre.

Janine se sentía llena de rabia.

Volvió a la biblioteca y arrojó el cortapapeles sobre la mesa.

Se sentía ridícula por haber sido sorprendida por el criado. Con toda seguridad, Geoffrey le diría a Jonathan que ella había

intentado descerrajar la puerta del laboratorio.

Tomó la guía telefónica y buscó el número del hotel George.

Tras marcar, oyó la voz de una mujer.

—Quiero hablar con el señor Harper.

—¿Quién pregunta por él?

—Janine, con eso bastará.

—Le pongo la comunicación.

Janine esperó unos instantes y en seguida oyó la voz de Harper.

—Diga.

—Soy Janine, señor Harper.

—Me alegra mucho oírlo. Yo también me estaba acordando de usted.

—¿Tiene coche?

—Sí, desde luego. Vine a Bedford con él.

—¿Podría llevarme a Liverpool?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Desde luego.

—¿Puede pasar por el castillo para recogerme?

—Estaré ahí en quince o veinte minutos.

—Le espero.

Janine salió de la casa y esperó al lado de un roble. Miró hacia el castillo y le pareció ver que los visillos de una ventana se movían. Debía ser Geoffrey que la estaba vigilando, y por tanto, el criado sabía que se marchaba.

El auto de Harper era un «Jaguar».

—No hace falta que salga, Johnny —dijo Janine cuando el vehículo se detuvo cerca de ella.

Se sentó junto a Harper, que la estaba mirando sonriente.

—¿Qué está esperando, señor Harper?

—Prefiero que me siga llamando Johnny.

—Bien, Johnny. Dese prisa.

—Allá vamos —dijo Harper y el vehículo salió disparado hacia la carretera.

—¿Qué pasa en Liverpool?

Janine se estaba preguntando si debía ser sincera con Harper. Miró su perfil y se dijo que parecía un hombre formal, que poseía grandes cualidades. Sí, debía confiar en él.

—Prométame no burlarse de mí, Johnny.

—¿Por qué me he de burlar?

—Lo que le voy a contar es muy confidencial... Y, sobre todo, muy extraño.

—Adelante.

Janine se lo contó todo, del principio al final. La forma que había conocido a Jonathan, a través de un anuncio en un diario, su correspondencia, cómo Jonathan le había pedido que fuese su esposa, su matrimonio, el viaje a Inglaterra. Y por fin, lo que le había pasado allí desde su llegada. Harper no la interrumpió en ningún momento. Miraba a la carretera. Había empezado a llover. Cuando Janine hubo terminado, se sintió mucho más tranquila.

—¿Qué le parece, Johnny?

—Sí, tuvo usted razón al calificarlo de extraño...

—Me interesa conocer su opinión.

—Tal como están las cosas, creo que se ha casado con un vampiro.

—Oh, no.

—¿Qué otra cosa puedo pensar?

—Tiene que haber otra explicación, Johnny. No creo que mi marido sea un asesino...

—De acuerdo con su historia, es algo más que un vulgar asesino.

—Le repito que no tengo pruebas de que sea él.

—No sea chiquilla. Usted es la prueba... Despertó de madrugada en aquella *suite* del hotel y él no estaba a su lado. ¿Por qué? Está claro. Jonathan estaba matando a Helen Tucker... ¿O piensa ahora que Jonathan tuvo razón al decir que usted estaba soñando?

—No. Puedo asegurarle que no estaba soñando.

—Entonces debe pensar con lógica que él es el criminal, que Jonathan mató a Helen Tucker y, por tanto, también mató a Evelyn Queen.

—Pero ¿por qué?

—¿Puedo seguir adelante con mis pensamientos?

—Sí.

—Su marido está loco.

—No diga eso.

—Eso lo explicaría todo. Además, estoy seguro de que usted también lo ha pensado. Ande, sea sincera.

—Está bien, lo he pensado.

—¿Lo ve usted? Jonathan le explicó que lo de Evelyn Queen fue un espejismo, que creyó estar enamorado de ella, pero se dio cuenta a tiempo de que cometía un error. Yo veo así las cosas. Fue ella quien trató de librarse de Jonathan, y entonces él la mató por despecho.

—Creo que va demasiado lejos.

—Sigo desarrollando mi lógica.

—A veces la lógica falla.

—Eso es un tópico. No conozco un solo caso en que los hechos vayan en contra de las pruebas que lo determinan... Tenemos todos los datos, los indicios, que nos conducen a la misma conclusión. Su esposo es un investigador. Pero ¿qué investigaciones realiza? No lo sabemos. ¿Por qué? Porque él no quiere... Se encierra en su laboratorio, y prohíbe que nadie le interrumpa, hasta a su propia esposa. Y tiene allí cobayas, monos... ¿Acaso Jonathan Deming es conocido como sabio en los medios científicos? Lo quiera o no, su marido es completamente desconocido en ese ambiente. Ni siquiera es médico. El mismo le explicó que se había dedicado a la publicidad.

¿Qué tiene que ver un hombre que se dedica a la publicidad con un sabio científico?

Janine se sintió apesadumbrada. Johnny tenía razón. La lógica nunca fallaba.

—Por otra parte —prosiguió Harper—, el hecho de su matrimonio indica que su marido no es normal.

—Entonces me tiene que incluir en esa apreciación. Estoy loca, ¿verdad, señor Harper?

—Lo de usted es distinto.

—¿Por qué va a ser distinto?

—Todavía existen mujeres románticas en el mundo, de lo cual me alegro mucho. —Harper la miró sonriente—. Usted es uno de esos raros ejemplares. El más bello.

CAPÍTULO VI

Habían entrado en un bar y gracias a la guía telefónica supieron dónde vivía la doctora Deborah Fieling.

Luego, fueron en el «Jaguar» a aquella dirección.

Se trataba de una zona residencial.

Harper pasó de largo y detuvo el vehículo dos números más allá del de Deborah Fieling.

—Bien, ya hemos llegado, Janine. ¿Qué hacemos ahora, entonces?

—Lo siento, pero me temo que he cometido una tontería.

—¿Por qué dice eso?

—¿Qué tiene de particular que mi marido visite a una doctora? ¿No es él también investigador? Creo que me he dejado llevar por los celos.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Por la sencilla razón de que usted no está enamorada de Jonathan.

—Si yo no lo sé, ¿cómo lo va a saber usted?

—Entiendo a las mujeres. Usted no es el tipo para un hombre como Jonathan.

—Comprendo, soy el tipo adecuado para usted.

—Dio en la diana. Usted y yo nos entenderemos perfectamente. Nos entendimos hasta discutiendo sobre una trucha... Debe admitir que las circunstancias en que nos conocimos fueron las menos propicias para que estableciéramos una amistad duradera. Sin embargo, parece que los dos nos conocemos desde hace tiempo. Sí, Janine, yo creo que usted ha estado conmigo en el colegio desde que aprendí las primeras letras.

—Es muy bromista.

—Le aseguro que no le estoy gastando ninguna broma. Digo lo que siento.

—Está bien. ¿Qué me aconseja?

—Conozco un club nocturno. Usted y yo lo pasaremos bien allí. Es justo lo que necesita para olvidar ciertos sucesos desagradables...

Ella se quedó pensativa.

—No, no iré a ese club nocturno.

—Le aseguro que se divertirá conmigo.

—Quiero conocer a Deborah Fieling.

—¿Y cómo la va a conocer?

—Naturalmente, yendo a su casa.

—¿Se da cuenta de lo que puede encontrar allí?

—A mi marido con esa mujer.

—Sí, y no estarán jugando a los naipes.

—¿Quiere dejar de decir cosas desagradables?

—Puede ir. La espero. Pero prométame que no cometerá ninguna tontería.

—Descuide. No llevo pistola en el bolso —repuso ella y saltó del coche.

—Buena suerte.

—Gracias.

Cuando Janine cruzaba el jardín de la casa en que vivía Deborah Fieling, sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas.

Se detuvo indecisa. ¿Y si volvía con Harper y aceptaba su invitación para ir al club nocturno?

¿Por qué entonces había abandonado el castillo y seguido a su marido?

Llevó aire a sus pulmones y subió al porche.

Apretó el timbre.

Se dio cuenta de que estaba muy nerviosa y trató de serenarse apretando el bolso contra el estómago.

Al fin le abrió una mujer. Tendría unos treinta y cinco años, y era pelirroja, esbelta, de rostro muy bello, ojos grandes.

Janine sintió un vacío en el estómago. Aquella mujer tenía mucho atractivo.

—¿Es usted la señorita Fieling?

—Sí.

—Soy Janine Deming.

—No comprendo —dijo ella parpadeando.

—La esposa de Jonathan —aclaró Janine.

—¿La esposa...? Perdone, debe haber una equivocación.

—¿Por qué cree, que hay una equivocación?

—Jonathan no es casado.

—Se equivoca, señorita Fieling. Jonathan se casó conmigo por poderes. Yo vivía en Nueva York y hace dos días que llegué a Londres.

—Me deja usted confusa.

—Sí, ya lo noto.

—¿Quiere pasar?

—Desde luego.

Janine entró en el vestíbulo y vio una escalera que conducía al piso alto.

Deborah Fieling la precedió hasta un *living*.

—¿Dónde está él? —preguntó Janine.

—¿Su esposo?

—Sí.

—¿Debería estar aquí?

—Es lo que él dijo.

—Viene a visitarme todas las semanas, pero hoy no lo he visto.

—Es raro.

—¿Por qué es raro?

—Dijo en Bedford que venía en su busca.

—Quizá se ha detenido en algún sitio.

—Sí, es posible —admitió Janine con voz escéptica. Hubo una pausa embarazosa.

Deborah Fieling señaló un sillón.

—¿Quiere sentarse y tomar algo?

—Me sentaré, pero no quiero nada.

—¿Ni siquiera una taza de té?

—No, gracias.

—Como guste.

Janine se sentó en un sillón, pero Deborah continuó de pie.

—Señorita Fieling, ¿qué tiene usted que ver con mi esposo?

Deborah forzó una sonrisa.

—Lo pregunta como si sospechase de Jonathan y de mí.

—¿No debo sospechar?

—Me está ofendiendo, señora Deming.

—Yo lo siento, señorita Fieling, pero debe comprender cuál es mi situación. Ignoro muchas cosas acerca de Jonathan.

—Ha elegido el peor procedimiento para saber acerca de él.

—Entiendo. Usted sugiere que le pregunte a él en lugar de espiarlo.

—Sí, es mucho más sencillo.

Ya hice preguntas y recibí muy pocas respuestas.

—¿Qué le preguntó por ejemplo?

—Qué clase de investigaciones está realizando.

Hubo otro silencio.

Deborah Fieling dio unos pasos por la estancia con los brazos cruzados.

—Señora Deming, debe confiar en su esposo.

—¿Y qué más? —inquirió Janine con ironía.

—Entre Jonathan y yo no existen las relaciones que usted supone.

—¿Qué existe, entonces?

—Sólo una relación científica.

—Convénzame.

—Señora Deming, Jonathan está realizando una investigación muy importante.

—¿Para quién es importante?

—No puedo decirle más.

—¿No puede o no quiere?

—Está bien. No quiero.

—Ya entiendo. Es un camuflaje perfecto. Se han inventado lo de la investigación para verse a solas, para que él pueda visitarla de noche... O a cualquier otra hora.

—No es justa, señora Deming.

—¿Cómo quiere que piense? Mi marido me dejó en el castillo sin darme una explicación personal. Se limitó a decirle a un criado que se iba a Liverpool.

—Esté segura de que su marido tiene razones para ello.

—Entonces, usted supone que él no debe tener confianza en mí.

—Hay cosas que no se pueden comunicar a nadie, ni siquiera a una esposa...

De pronto, se oyeron pasos en el vestíbulo.

Deborah volvió la cabeza bruscamente y lanzó un grito.

Janine también se volvió. Quedó asombrada al ver al hombre que había allí. Se cubría con una máscara de ojos saltones y nariz grande y manejaba una pistola con la diestra.

—No sabía que tenía visita, señorita Fieling.

—¿Quién es usted? —preguntó la pelirroja con voz excitada.

—El hombre a quien va a dar usted la fórmula K-Bernstein.

—No sé de qué habla.

—Entonces lo siento mucho por usted porque va a morir, señorita Fieling.

CAPÍTULO VII

Janine estaba sobrecogida.

Ahora más que nunca le pareció vivir una pesadilla.

Estaba mirando aquella máscara espantosa que cubría el rostro del desconocido que manejaba la pistola.

—Señorita Fieling, sé que usted tiene la fórmula K-Bernstein —dijo el intruso.

—Sus informes son equivocados. Le repito que no tengo la fórmula.

—Lástima —dijo el hombre y disparó.

Deborah recibió el impacto en el pecho y lanzó un grito mientras se derrumbaba.

El hombre de la máscara movió la pistola hacia Janine, y ésta creyó que la sangre se helaba en sus venas.

—¡No me mate!

—¿Por qué no?

—No tengo nada que ver con la señorita Fieling. La acabo de conocer hace unos minutos.

—¿Qué sabe de la fórmula K-Bernstein?

—Nada, no sé nada.

—Pero ya sabe que existe.

—No conozco una sola palabra de esa maldita fórmula a que usted se refiere. Ni siquiera sé su significado...

—Dígaselo a la persona que le salga al encuentro en el infierno.

Alguien surgió por detrás del hombre de la máscara.

Era Johnny Harper.

Sin embargo, el hombre de la máscara descubrió a Harper en el momento en que éste saltaba sobre él y lo golpeó en la cabeza.

Harper se tambaleó, pero logró pegar un puñetazo en el cuello

de su agresor.

El enmascarado dio media vuelta y echó a correr hacia la salida. Harper no pudo seguirlo porque cayó desvanecido en el suelo. La puerta de la calle se cerró con fuerza.

Janine seguía en pie, pero su sistema nervioso estaba paralizado por el terror.

Janine miró a Deborah Fieling. Tenía una herida en el pecho de la que manaba sangre, pero todavía vivía.

Deborah movió los labios como si quisiese decir algo.

Janine se inclinó sobre ella.

—La fórmula K-Bernstein... —El rostro de Deborah se crispó.

—¿Qué quiere decir, Deborah...?

—La fórmula... Vaya al circo Huxley... ¿Jaula número?... , junto a la puerta... Segunda tabla...

Levántela... Allí está la fórmula... No lo diga a nadie... Entréguela a Edgar Doyle... Hotel Paradise... Deborah dobló la cabeza.

—¡Deborah! —La llamó Janine.

Sin embargo, la doctora no le pudo contestar porque estaba muerta.

En aquel momento Harper empezó a volver en sí.

Janine corrió a su lado.

—¿Dónde está el tipo...? ¿Qué pasó? —murmuró él.

—Lo dejó a usted sin conocimiento y escapó.

Johnny se tocó la cabeza.

—Dios mío, creí que me partía el cráneo... ¿Está ella muerta?

—Sí.

Pero ¿por qué la mataron?

—No lo sé —contestó Janine recordando el mensaje de Deborah de que no hablase a nadie de la fórmula.

—Pero el asesino diría alguna cosa.

—Preguntó a la doctora por cierta fórmula.

—¿Qué fórmula?

—El hombre de la máscara no lo aclaró.

—¿Logró usted hablar con ella antes de que muriese?

—Ni una palabra. Cuando cayó al suelo estaba ya muerta.

Harper se tocó otra vez la cabeza.

—Tengo un chinchón como un huevo. Eh, ¿dónde está su

marido?

—Deborah me dijo que Jonathan no había llegado aún.

—¿Lo esperaba?

—Sí.

—Será mejor que nos marchemos, Janine.

—¿Sin llamar a la policía?

—¿Cómo quiere que llamemos a la policía? ¿Qué explicación les íbamos a dar? Nos meteríamos en un lío.

—Pero Jonathan vendrá aquí.

—Bien, él se encargará de llamar a la policía. Después de todo, su esposo estaba relacionado con esta mujer. Quizá él pueda explicar algo a la policía, pero nosotros sólo serviríamos para enredar más el asunto. Si quiere hacer la prueba quédese, y trate de convencer a la policía que usted no mató a Deborah. Ellos pensarán que usted se deshizo de ella porque estaba celosa.

—Tiene razón.

Salieron de la casa.

—Lléveme a ese club nocturno, Johnny. Ahora quiero ir.

El club nocturno se llamaba Morrison.

John hizo un gesto afirmativo.

Un camarero los condujo a una mesa un poco alejada de la pista y pidieron *whiskys*.

—Perdóneme, Janine, pero he de ir al lavabo. Quiero echarme un poco de agua por la cabeza.

—Vaya, no se preocupe.

Cuando hubo perdido de vista a Harper, Janine se levantó y fue al encuentro del camarero que debía servirles los *whiskys*.

—Oiga, dígale a mi acompañante que tuve que salir y que volveré en una hora.

Inmediatamente, Janine abandonó el local.

Fue a una parada de taxis cercana.

—Quiero ir al circo Huxley —dijo al conductor.

Al cabo de veinte minutos llegaron a su destino.

El circo estaba envuelto en la oscuridad, salvo en algunos remolques.

—¿Debo esperarla? —preguntó el taxista.

—Sí.

—¿Cómo cuánto va a tardar?

—No se preocupe. Volveré en seguida.

Janine se alejó hacia las jaulas que había visto a la izquierda.

Se detuvo ante una de ellas. Había una bombilla cercana y pudo ver a dos leones que dormían.

¿En qué clase de aventura se había metido? ¿Por qué seguía las instrucciones de Deborah? ¿Qué tenía que ver su esposo con la doctora muerta? ¿Habría dicho la verdad Deborah Fieling acerca de aquella fórmula? ¿Y qué significaba K-Bernstein? Si se trataba de algo secreto, ¿por qué no se había puesto en contacto con Scotland Yard?

Ahora era tarde para retroceder. Estaba allí y eso era lo que contaba.

Dejó atrás otras jaulas hasta llegar a una que estaba vacía. Sobre la puerta vio el número 7. Aquél era el lugar al que se había referido Deborah antes de morir.

La jaula estaba abierta.

La empujó, pero se detuvo sobresaltada al producirse un chirrido.

Miró a su alrededor.

Todo estaba tranquilo. Nadie había notado su presencia.

Empujó con más fuerza que antes y logró hacer un espacio para poder entrar.

Tanteó el suelo. Parecía muy firme. ¿Y si hubiese sido engañada? Metió las uñas por las junturas y trató de levantar el segundo tablón, pero se resistió.

Sacó de su bolso una lima e hizo palanca con ella.

Ahora, con los dedos pudo levantarlo.

Metió la mano en el hueco y empujó.

Sus dedos no tocaron nada.

Entonces, cruzó por su mente una idea. ¿Y si Deborah había delirado antes de morir?

Eso era frecuente en una persona malherida como ella.

Dios mío, estaba jugando ridículamente a espías y policías.

De repente, sus dedos tropezaron con algo que había en el hueco.

Lo sacó. Era una caja de plástico, negra, que no dejaba ver lo que había dentro. Se disponía a abrirla cuando oyó una voz:

—¿Qué hace ahí?

Janine volvió la cabeza apretándose la garganta para no gritar.

Al otro lado de la puerta había un hombre fuerte como un oso que mostraba un palo en la mano.

Janine se puso en pie.

—Estaba abierta y se me ocurrió entrar —dijo.

—¿Qué tontería está diciendo...? Es medianoche... ¿Cómo se le ocurrió meterse en esta jaula...? ¿Qué es lo que lleva en la mano?

—Nada.

—Claro que lleva algo. Lo está escondiendo.

—Oiga, le diré lo que ocurrió...

—Dígalo rápido.

—Estuve en la función de esta tarde y perdí algo.

—¿Aquí?

—Sí, vine con el joven que me acompañaba. Es mi prometido. Reñimos y yo, furiosa, arrojé el anillo en esta jaula. ¿Ve que sencillo...? Luego me arrepentí y esta noche vine a por él. No podía dormir pensando que estaba aquí.

La propia Janine se maravilló de su ingeniosa forma de mentir.

—Ya me voy —dijo y salió de la jaula.

Iba a seguir andando cuando el hombre la tomó por el hombro.

—Espere un momento.

—¿Qué le pasa?

Los ojos del hombre eran negros, muy brillantes.

—Levantó un tablón de la jaula.

—Es que el anillo fue a parar allá dentro.

—¿Cómo pudo el anillo ir a parar allí dentro?

—Son cosas que pasan.

A ver ese anillo.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Abra esa mano, quiero ver el anillo.

—Oiga, no tiene usted derecho a pedirme eso.

—Claro que lo tengo. Soy el guardián de estas jaulas y usted se metió en una de ellas.

—Estaba vacía.

—Me importa un rábano que estuviese vacía. Abra la mano o se la abro yo por la fuerza. En aquel momento algo golpeó contra la cabeza del guardián, el cual dio un gemido y se derrumbó.

Janine miró estupefacta al agresor y otra vez estuvo a punto de

gritar. Era el hombre de la horrible máscara, el asesino de Deborah Fieling.

CAPÍTULO VIII

—Hola, nena. Otra vez nos vemos.

—¿Quién es usted?

—Ya lo ves. Un tipo muy guapo —rió el desconocido.

—Quítese esa máscara.

—¿Para qué?

—Quiero ver su verdadero rostro.

El hombre rió otra vez. Levantó la mano con la que empuñaba la pistola.

—Eres muy valiente, nena.

Janine estaba influenciada por el ambiente en que vivía desde que llegó a Inglaterra. En otras circunstancias, se habría puesto a gritar sin tener en cuenta el arma que empuñaba el criminal. Pero durante aquellas horas había pasado por una experiencia que no podría olvidar fácilmente. Había sido como una vacuna. Sí, eso era. Estaba vacunada contra vampiros, contra monstruos, contra asesinos. Aunque eso no le impediría recibir una bala en cualquier instante.

—¿Por qué me siguió?

—Pensé que quizá la moribunda te dijese algo, y así fue.

—No me dijo nada.

—¿Por qué viniste al circo?

—Me gusta el circo.

—Ya se acabó la función, nena, y ahora actuamos nosotros. Yo no te vi, pero te vio el guardián. Oí vuestro diálogo. Te estaba riñendo porque te metiste en la jaula. ¿Lo ves? Lo sé todo. Janine se dijo que tenía muy pocas posibilidades de conservar la caja de plástico que había sacado del agujero. Pero si se la daba al individuo, éste la mataría, porque, para él, una víctima más o

menos no tenía importancia.

—Anda, dame eso, nena.

—Espere...

—No puedo esperar, preciosa.

—Llegaremos a un acuerdo.

—El único acuerdo que yo firmaría contigo es uno que no te iba a gustar mucho.

—Haga su oferta. Hablando se entiende la gente.

—Viéndote, sólo puedo pensar en una cosa, nena. En el amor.

Ella tragó saliva. Era repugnante aquel tipo con su máscara de ojos monstruosos.

—Está bien. Doy mi consentimiento.

—No me digas.

—Iré con usted donde quiera.

—Deja que lo piense.

—Dijo antes que no podía esperar.

—Sí, es cierto, y eso demuestra que eres lista.

—¿Nos vamos ya?

—Anda, ven conmigo.

—Traje un taxi, podemos viajar en él.

—¿Qué estupidez estás diciendo? ¿Cómo voy a ir en el taxi con esta cara? Iremos en mi coche.

—Tendré que despedir al taxista.

—Ya se cansará de esperar, y se marchará. No te preocupes. Anda, echa a andar si no quieres ganártela.

—Sí, señor.

El hombre la cogió del brazo.

Janine volvió a sentirse desconsolada.

¿Por qué se había metido en aquel jaleo? ¿Y Jonathan? ¿Dónde estaba su esposo?

Lo peor era que durante unas horas había podido contar con la ayuda de Johnny Harper, pero ahora, Johnny Harper estaba lejos, sentado en un club nocturno, a la espera de que ella regresase. El auto del desconocido estaba detrás de uno de los remolques envuelto en la oscuridad.

Janine abrió el bolso y dejó caer en su interior la pequeña caja de plástico que había sacado de la jaula.

El hombre le cogió el bolso.

—Eh, ¿qué hace? —gritó la joven.

Forcejeó para no perder el bolso.

Entonces, el hombre de la máscara le apoyó el cañón de la pistola en el estómago.

—Nena, ¿quieres que te haga un agujero?

—Ése no fue el trato.

—He visto cómo guardabas en el bolso lo que cogiste en la jaula.

Janine levantó la rodilla incrustándola en el vientre del individuo.

Éste lanzó un aullido de dolor y se desplomó en el suelo.

Janine se había quedado con el bolso en la mano y echó a correr. Mientras lo hacía, no dejaba de pegar gritos.

Las luces de algunos remolques se encendieron.

Janine corría cada vez más aprisa. Tenía la impresión de que una mano gigante iba detrás de ella.

Volvió la cabeza y vio que el hombre de la máscara no la perseguía.

Algunas personas salían de los remolques preguntando qué pasaba.

Janine se metió en el taxi.

—Devuélvame al punto de partida.

—¿Qué le ocurrió, señorita?

—Peleé con un admirador.

—Hay tipos frescos.

—Y que lo diga —repuso Janine.

El taxi ya corría, cuando Janine pensó una cosa. ¿Por qué aquel hombre se había cubierto con la máscara? ¿Quizá porque ella lo conocía?

Sintió un escalofrío al recordar que aquel individuo tenía la misma talla que Jonathan.

Claro, eso lo explicaba todo. Debía ser su esposo.

Pero ¿por qué había hablado con ella?

Oyó su voz interior:

«¿Es que no lo has comprendido todavía, Janine? Es lo que dijo Harper, que te casaste con un perturbado mental. La locura de tu marido lo explicaría absolutamente todo». No, no estaba segura de que fuese Jonathan. Ésa era la verdad.

Su cabeza era un hervidero de ideas. Tenía que serenarse o, de

lo contrario, también ella se volvería loca. Lo importante era que tenía el secreto. Pero ¿de qué se trataba? ¿Por qué no abría la cajita de plástico que había sacado de la jaula?

Metió la mano en el bolso y fue a sacar la caja cuando el taxista dijo:

—Eh, señorita, creo que nos siguen...

CAPÍTULO IX

Janine volvió la cabeza.

Efectivamente, otro auto los seguía.

—Quizá es su admirador —dijo el taxista.

—No creo.

—¿Por qué no?

—Lo dejé fuera de combate.

—Caramba, entonces tiene usted muchos admiradores.

—No lo sabe usted bien —dijo Janine, pensando en que ahora habría muchos aspirantes a lo que llevaba consigo.

—¿Sigue pensando en que la deje cerca del club Morrison?

—Desde luego. Pero vaya más aprisa.

—Estoy apretando el acelerador a fondo. Pero existe un límite de velocidad.

—Le pagaré el doble.

—Señorita, no me podrá pagar el doble si nos vamos al infierno.

—¿Por qué ha de ser tan pesimista?

—Tengo una idea... Voy a llevarla por unas callejuelas. Usted no se preocupe. Terminaré por dejarla en el club Morrison.

—Creo que es una buena idea. Pero no se entretenga mucho porque casi lo tenemos encima.

—Agárrese porque voy a girar bruscamente varias veces.

—Ya estoy preparada.

El taxista hizo girar el volante.

Los neumáticos chirriaron siniestramente, pero el auto no volcó porque el conductor era muy hábil.

Sin embargo, el coche perseguidor se mantuvo a la zaga.

El conductor del taxi dobló media docena de veces y pudieron librarse del otro vehículo.

Poco después llegaban a las inmediaciones del club Morrison.

Janine cumplió su palabra pagando doble al taxista.

—Buena suerte, señorita.

Janine entró en el club.

Johnny Harper se levantó de la mesa.

—Me has tenido asustado, Janine... ¿Dónde estuviste?

—En un circo.

—¿Estás hablando en serio?

—Absolutamente.

—¿Qué te pasa, Janine?

—No tuve confianza en ti, y estoy arrepentida porque pasé por un grave apuro.

—¿Quieres contármelo todo?

—Desde luego, pero antes quiero beber un *whisky*.

—Tienes el tuyo sobre la mesa.

Se sentaron y la joven bebió un trago.

Entonces, Janine le contó la clase de mensaje que había recibido de la moribunda Fieling y lo que había hecho.

—Debiste decírmelo, Janine. Te has expuesto a que ese hombre, de la máscara te matase.

—Sí, es cierto. Y por eso prometo no trabajar más a solas.

—Dame esa cajita.

—No puedo dártela.

—¿Por qué no?

—Es lo que me dijo Deborah. Debo entregársela a Edgar Doyle, un huésped del hotel Paradise.

—Pero tú no sabes quién es él.

—No, pero debo cumplir el encargo.

—Janine, deja que sea yo quien lleve ese caso.

—¿Pero cómo lo vas a llevar?

—De la mejor manera. Tengo un amigo policía, trabaja en el Intelligence Service. Consultaré con él.

—Está bien, llámalo.

—Esta vez vendrás conmigo hasta la cabina.

—Te prometo que no me iré.

—Volveré en un momento.

Janine encendió un cigarrillo y terminó de beber su *whisky*.

Johnny Harper regresó sonriente.

—Bien, creo que está todo arreglado.

—¿De qué forma?

—Mi amigo se va a encargar del asunto.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Cameron Mac Kay... Me ha asegurado que estará aquí en quince minutos.

—¿Tienes confianza en él?

—Claro que sí. Es un buen policía. Anda, saca ya la caja.

—¿Por qué he de sacarla ahora? Lo haré cuando llegue tu amigo.

—Eres bastante testaruda —dijo él, mientras se sentaba en la silla.

De pronto se levantó.

Harper la tomó por un brazo.

—¿Dónde vas, Janine?

—He pensado que será mejor que yo cumpla la misión que Deborah me confió. Debo entregar la cajita de plástico a Edgar Doyle, en el hotel Paradise.

—Tú no harás tal cosa. He dicho que mi amigo Cameron Mac Kay va a venir aquí. Siéntate otra vez.

—Quizá tengas razón —dijo.

—La tengo. Es la policía oficial quien debe correr con los riesgos. Tú no estás obligada a jugarte la vida por conservar el secreto de una fórmula.

—Quiero otro *whisky*.

—Te puedes marear.

—Resisto mucho. No te preocupes.

Johnny accedió a pedir otros dos *whiskys*.

Habían bebido un trago cuando Johnny dijo:

—Ahí viene mi amigo Cameron.

Janine miró hacia la puerta y vio a un hombre casi calvo, de unos treinta y cinco años, fornido, muy feo.

Johnny Harper le estrechó la mano.

—Cameron, te presento a mi amiga Janine Deming.

—Encantado, señora Deming. Johnny me habló de usted por teléfono. Por lo visto se metió en un lío relacionado con espías o algo por el estilo.

—Sí, eso creo.

—Johnny me dijo que tiene en su poder el motivo del alboroto, una fórmula o una clave.

—Así es.

—Por favor, démela.

La joven tenía los ojos clavados en el rostro de Cameron Mac Kay.

—Todavía no.

—¿Qué quiere decir?

—Que se tendrá que identificar primero.

Cameron se dirigió a Harper.

—¿No le dijiste quién soy?

—Claro, que eras un agente del Intelligence Service. —Eso no me basta— dijo Janine.

—¿Qué es lo que quiere, señorita?

—Debe tener una credencial.

—Claro que la tengo.

—Enséñela.

—No la traje conmigo.

—Claro, la dejó olvidada encima del piano. Cameron Mac Kay rió.

—Es usted muy chistosa.

—Celebro que lo tome así, señor Mac Kay.

—Sea buena chica y deme esa cajita.

—No se la daré de ninguna forma hasta saber si es usted un policía...

Johnny Harper intervino:

—Eh, Janine, te estás comportando como una chiquilla... ¿Es que tampoco te vas a fiar de mí?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? Te he acompañado hasta ahora, y me has contado toda tu historia.

—Sí, y ahora me pregunto si hice bien.

—¡No te entiendo! ¿Qué es lo que tienes en la cabeza?

Los ojos de Janine brillaron mucho.

—Johnny, ¿qué hacías en Bedford?

—Ya te lo dije. Estaba pasando cuatro días de vacaciones.

—Sí, fuiste allí porque te lo recomendó un amigo.

—Es la verdad.

—Empiezo a dudar que lo sea.

—¿Cómo?

—Ya no creo en nadie.

—Oye, Janine, el hecho de que te haya fallado tu esposo no quiere decir que todas las demás personas vayan a ser igual... Ya basta de hacer niñerías. Fuiste a ese circo sola y estuviste a punto de ganarte una bala... Ahora te traigo a mi amigo Cameron Mac Kay, un policía, y te niegas a colaborar. ¿Quieres entregarle de una vez a Cameron lo que conseguiste en la jaula?

Janine titubeó de nuevo.

Desde hacía rato estaba pensando que quizá no había procedido de la forma más conveniente. ¿Por qué había regresado al club Morrison? ¿Por qué no se había dirigido al hotel Paradise?

Mientras Harper estaba en la cabina para llamar a su amigo Cameron, Mac Kay se había preguntado si Johnny sería realmente un empleado de una agencia de viajes que se había tornado unos días de vacaciones en Bedford para dedicarlos a la pesca de la trucha. ¿Y si también Johnny fuese un embustero? ¿No era eso lo que ocurría en los filmes de espías? Un sexto sentido le advertía que debía de andarse con cuidado. No, no debía entregar aquella fórmula a la primera persona que se le cruzase en su camino. ¿Y por qué Cameron Mac Kay había ido allí sin credencial cuando Harper le había dicho que se trataba de un asunto importante que había costado muchas vidas?

—Señora Deming —dijo Mac Kay—. Si no me entrega su bolso, tendré que emplear otro procedimiento con usted.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Me obliga a detenerla.

—Usted no puede hacer eso.

—Claro que puedo.

—Usted tendría que ser una autoridad.

—Lo soy.

—No lo ha demostrado todavía.

Harper se inclinó sobre Janine.

—Janine, me estás dejando en muy mal lugar.

—Lo sentiré, si tienes razón, Johnny.

—¿Qué tienes contra Cameron Mac Kay?

—Algo muy importante.

—¿Qué cosa? Dilo.

—No tiene aspecto de policía. Parece más bien un *gángster*.

—Oye, Janine, tú estás acostumbrada a ver a los policías en el cine, a Rock Hudson o a Cary Grant, pero esto es la vida real, y también entre los policías hay hombres feos.

—Es posible, pero a mí no me gusta Cameron Mac Kay como policía.

—No se trata de que te guste o no. Cameron Mac Kay es policía y se acabó.

—Claro y se dejó la credencial en su casa. ¿Qué clase de policía es?

—Gary Grant no lo haría, pero Cameron Mac Kay sí que lo haría.

—Muy bien, Johnny, enséñame la tuya.

—¿A qué te refieres?

—A tu credencial.

—Yo no soy policía.

—Sí, ya sé que no eres policía, pero eres un empleado de una agencia de viajes a quien conocí en Bedford. ¿O también me vas a decir que olvidaste tu credencial?

—Estás complicando demasiado las cosas, Janine.

—Tengo que complicarlas necesariamente, porque ahora soy una persona importante. Tengo un secreto muy valioso. La fórmula K-Bernstein.

—No sabes siquiera lo que es la fórmula K-Bernstein.

—¿Lo sabes tú, Johnny?

—Claro que no.

—Lo has dicho en un tono sospechoso... Como si supieras realmente lo que quiere decir.

—Janine, sólo son suposiciones tuyas. Estás agotando mi paciencia y la de Cameron Mac Kay...

—Muy bien, ya basta —dijo el amigo de Harper—. Me llevaré el bolso a la fuerza.

Alargó la mano para apoderarse del bolso de Janine, pero en aquel momento una voz ronca dijo:

—Si toca ese bolso, lo lleno de plomo, compañero.

CAPÍTULO X

El hombre que había hablado era robusto, de talla mediana, y tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta, el cual le abultaba mucho.

Pero no estaba solo. Le hacía compañía un tipo más alto, de párpados caídos y cara aburrida.

Cameron Mac Kay estaba con la boca abierta, mirándolos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Johnny Harper.

El robusto señaló con la cabeza a su compañero.

—Éste es laborista y yo conservador, pero nos llevamos bien, y para ustedes les debe bastar.

—¿Qué es lo que quieren? —inquirió Cameron Mac Kay.

—Lo que usted iba a coger.

—No sé a qué se refiere.

—Al bolso de la señora.

Janine tragó saliva. Una vez más, tendría que salir del atolladero por ella misma. Todavía no estaba muy segura de la verdadera personalidad de Johnny Harper, o la de su amigo Cameron Mac Kay, pero estaba claro que aquellos dos fulanos eran dos asesinos, probablemente los que la habían seguido en el auto desde el circo.

—No se apoderarán de mi bolso —habló.

—¿Quién lo dice? —preguntó el alto.

—Yo lo digo. Porque el bolso es mío.

—Nena, usted se va a ganar un desgarrón en la cara por meterse donde no la llaman.

—No sé de qué habla.

—Debería saberlo, pero le voy a dar un consejo. No vuelva al circo en el resto de su vida.

—Me gusta el circo.

—Oh, sí, claro, y también le gusta meterse en las jaulas de las

fieras.

Janine se dijo que había dado en el clavo. Aquellos dos hombres formaban parte de la pandilla del tipo que había burlado en el circo, el sujeto de la máscara que tenía la misma talla que Jonathan.

Pero ahora no podría burlar a nadie más.

Aquellos hombres le cogerían el bolso y la historia concluiría.

Janine se levantó empujando la mesa hacia arriba, la cual volcó sobre Johnny Harper.

Éste cayó sobre su amigo Cameron Mac Kay, el cual fue a rebotar contra los dos individuos de la mano en el bolsillo.

Todos cayeron al suelo en un gran revoltijo.

Janine ya estaba corriendo hacia la puerta.

Serpenteó por entre las mesas y volcó una de ellas con clientes incluidos.

Esperaba de un momento a otro oír un disparo, pero por fortuna eso no llegó a ocurrir.

Al llegar a la calle, corrió otra vez hacia la parada de taxis.

El conductor que ya la conocía dijo:

—¿Otro admirador?

—Sí.

—Demonios, ¿qué les da usted?

—Eche a correr. Al hotel Paradise.

Era una suerte que hubiese encontrado a aquel conductor tan simpático.

Cuando emprendieron el camino, Janine miró por la ventanilla trasera, pero ahora nadie los seguía, y eso era debido a la ventaja que había sacado a los dos matones. ¿También debía de incluir en el lote a Johnny Harper y a Cameron Mac Kay? ¿Y si Johnny Harper no tenía nada que ver con el asunto y era verdaderamente un empleado de una agencia de viajes en vacaciones? Al llegar al hotel, dijo al conductor:

—Será mejor que espere.

—Casi me convendría no parar el motor.

—No es mala idea —repuso ella.

El hotel, era de tercera categoría.

En el registro había un hombre de piel arrugada, que leía un diario sensacionalista.

—¿Está el señor Edgar Doyle?

El hombre apartó la mirada del diario y midió a Janine de la cabeza a los pies.

—Sí, es posible que esté.

—Gracias.

—No he dicho que pueda subir. En este hotel somos muy exigentes.

Janine comprendió que lo que quería aquel hombre era la propina y le entregó unas monedas.

—Habitación 44, segunda planta. Tendrá que viajar sola en el ascensor.

Janine viajó sola en el ascensor hasta la segunda planta.

Llamó en la puerta 44 y le abrió un hombre de unos cincuenta años que defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

—¿Es usted el señor Doyle?

—Sí, soy Doyle. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—¿Puedo pasar?

—Perdone, pero no la conozco.

—Soy Janine Deming y me envía una amiga de usted.

—¿A quién se refiere?

—A la doctora Deborah Fieling.

—Oh, sí, desde luego, puede entrar.

—Gracias.

—¿Por qué no vino Deborah?

—No pudo. Ella está muerta.

—¡No es posible!

—Puedo afirmarle que está muerta. La mataron en mi presencia.

—Pero ¿cómo pudo ocurrir?

—Dispararon sobre ella.

—¿Quién?

—Un hombre que se cubría la cara con una máscara.

Edgar Doyle se masajeó la flácida mejilla mientras daba unos pasos por la estancia.

—Es increíble... Pobre Deborah. Era una gran mujer...

—Señor Doyle, ¿cuál es su profesión?

—Vendo libros a domicilio, especialmente enciclopedias y diccionarios...

—Entiendo, y en sus horas libres se dedica al espionaje.

—¿Cómo dice?

—Me ha oído perfectamente. Es un espía.

—Oh, no debe decir eso.

—¿Qué es lo que debo decir, entonces? Deborah le puso una formulita en una jaula vacía del circo y usted debía de pasar por allí esta noche para recogerla. Quizá se preparaba para ir en su busca.

Los ojos de Doyle parecieron más grandes detrás de los cristales de aumento.

—¿Qué le hace suponer todo eso?

—Me lo dijo Deborah.

—¿Qué le dijo Deborah concretamente?

—Que debía ir por la fórmula y entregársela a usted.

Doyle forzó una sonrisa.

—Me alegro de que usted haya cumplido.

—No sé si hice bien.

—Claro que hizo bien.

—Tuve que entendérmelas con mucha gente que también quería la fórmula.

—¿Quiénes?

—El tipo que exhibía una máscara de concurso. Me quería llevar a su casa, ya que por lo visto le agrado mucho. Pero, al mismo tiempo, quería quedarse con mi bolso en donde yo guardaba la fórmula. Me tuve que librar de él. Pero con eso no terminaron mis desventuras... Otros hombres fueron detrás de mí, y siempre por lo mismo.

—Apuesto a que también los burló a ellos.

—Sí.

—Se le nota una chica eficiente. Sí, señora Deming, cuanto más la miro, pienso que es la persona en quien Deborah Fieling debió confiar...

—Ella sí, pero yo no confío en usted, y por lo tanto no le voy a entregar la fórmula.

—Eh, oiga, acaba de decir que Deborah Fieling le dijo que debía entregármela a mí.

—Ya cambié de opinión.

—¿Por qué?

—Usted no parece un tipo que trabaja para el gobierno. Tiene el aspecto más bien de un espía dedicado al servicio de una potencia extranjera...

—Las apariencias engañan. Soy un agente del gobierno inglés.

—Ya no puede engañarme... Hasta ahora me comporté como una novata, pero empiezo a darme cuenta de muchas cosas.

—¿De qué cosas, señora Deming?

—Usted debe conocer a mi esposo.

—¿Quién es?

—Jonathan Deming.

—No, no lo conozco.

—No me diga. Todos ustedes juegan en la misma pandilla. Pero lo principal para usted es que no le voy a dar la fórmula.

—Eso ya lo dijo antes, pero deberá cambiar de opinión.

—Que se cree usted eso.

Doyle avanzó hacia Janine.

—Señora Deming, no me gustaría hacerle daño.

—A mí tampoco —dijo Janine y le soltó un bolsazo en la cara.

Edgard Doyle retrocedió.

Janine aprovechó la ventaja para echar a correr hacia la puerta, pero Doyle se arrojó sobre sus piernas. Los dos rodaron por el suelo, la joven dando gritos, tratando de utilizar el bolso como arma.

Sin embargo, Doyle anduvo listo para atraparla por la muñeca e impedir ser alcanzado nuevamente en la cara.

En aquel momento se abrió la puerta y una voz arguyó:

—Doyle, déjala quieta.

Janine volvió la cabeza sintiendo que el corazón le daba un vuelco. Allí estaba su marido.

CAPÍTULO XI

Jonathan cerró la puerta a sus espaldas. Estaba muy serio, y tenía un humeante cigarrillo entre los dedos de la mano izquierda.

—Tu mujer es una gata, Jonathan —dijo Doyle.

—Compárala con una pantera y serás más exacto.

La joven se levantó tironeándose la falda. Sus ojos echaban fuego.

—¿Sabes lo que eres tú, Jonathan?

—Dilo, no te lo calles.

—Un canalla.

—Cuidado, pequeña. ¿Qué va a pensar el señor Doyle de nosotros? Tú y yo formamos un matrimonio muy bien avenido.

—Eres un, cínico. Sólo llevamos unos días de casados.

—Pero no me negarás que nos llevamos bien.

—Eso sólo fue durante una noche. Todo empezó a ir mal cuando desperté y me di cuenta de que no estabas a mi lado...

—Por favor, Janine. No más relatos íntimos acerca de nuestra vida privada. Eso sólo nos interesa a nosotros. El señor Doyle sólo está aquí para cumplir con su deber.

—¿Qué clase de deber?

—Hacerse cargo del papel. Casualmente creo que tú lo tienes.

—Claro que lo tengo.

—Dáselo al señor Doyle.

—No se lo daré —contestó Janine con la barbilla levantada.

—Janine, debes obedecer a tu esposo.

—No te voy a obedecer ni un minuto más.

Edgard Doyle se echó a reír.

—Eso prueba lo que yo te dije, Jonathan. Que no deberías casarte. Una mujer siempre es una molestia para un marido, cuando

él se dedica a un trabajo peligroso... Ya ves lo que has conseguido. Que tu propia mujer esté en contra de ti.

Jonathan dio un suspiro.

—No te preocupes, Doyle. Yo la convenceré para que colabore.

Janine movió la cabeza en sentido negativo.

—Ni tú ni todos tus ilustres antepasados podrían convencerme.

Edgard Doyle intervino de nuevo.

—Eso lo arreglaré yo, Jonathan. Será mejor que salgas y me dejes a solas con tu mujer.

Janine apretó los dientes.

—Anda, Jonathan, sal y deja que tu esposa sea víctima del salvajismo de este individuo.

—Tú te estarás quieto, Doyle —repuso Jonathan—. Soy yo ahora quien lleva las riendas del asunto.

Jonathan echó a andar hacia Janine alargando la mano.

—Dame ese bolso.

—Ni hablar —contestó ella y empezó a retroceder.

—Janine, debes obedecer a tu marido.

—Claro, debo obedecerle hasta que la muerte nos separe.

—Fue una de las cosas que juraste.

—Eres un miserable al recordármelo. Desde ahora no soy tu mujer.

—Lo sigues siendo.

—Me divorciaré.

—Muy bien, te divorciarás cuando quieras, pero todavía tengo poderes sobre ti.

—Ni hablar. Me estás obligando a hacer algo contra lo que me dicta mi conciencia. Me engañaste haciéndote pasar por un hombre de ciencia, con tu laboratorio, con tus animales, con tus cobayas, con tu investigación. Pero todo era una pura comedia. ¡Sólo eras un vulgar espía...! —Tranquila, pequeña.

—¡Y un cuerno me voy a estar tranquila!

—Dame ese bolso.

—Ya te he dicho que no te lo daré...

—Esa fórmula no te pertenece. —Tampoco a ti.

—Te equivocas. La descubrí yo.

—No te creo.

—Te aseguro que es así. Pregúntaselo a Doyle.

—¿Qué va a decir Doyle?

—Voy a quitarte la fórmula de todos modos.

—Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Janine, te prohíbo que digas esas cosas.

—Oh, claro. Tú eres un tipo muy sensible. ¿Cómo no me di cuenta antes...? Mis palabras te hacen mucho daño, ¿verdad, maridito...?

La puerta se abrió de nuevo.

Entraron dos tipos a quien Janine ya había visto antes.

Eran los dos individuos que también habían querido apoderarse de su bolso en el club Morrison.

—Jonathan —gritó Janine—. ¡Son dos *gangsters*!

—Hola, muchachos —dijo Jonathan.

Las pupilas de Janine destellaron más intensamente.

—Debí suponerlo. Soy tonta... Tú y ellos pertenecéis a la misma pandilla.

Párpados Caídos tenía un moretón en el ojo derecho.

—Esto te lo debo a ti, mocosa, y te lo voy a devolver —levantó el puño como si fuese a golpearla.

Jonathan Deming exclamó:

—Estate quieto. Ella es mi mujer.

—Sólo es una entrometida.

—Nos hizo un favor apoderándose de la fórmula. Y lo importante es que la tiene aquí porque no se la entregó a nadie...

Diciendo esto, Jonathan se revolvió bruscamente y golpeó a su mujer en el maxilar inferior. Con el otro brazo la tomó por la cintura para que no se hiciera daño al caer.

Janine perdió el sentido y cuando lo volvió a recuperar se encontraba sentada en un automóvil.

Jonathan, a su lado, conducía.

—¡Jonathan! —gritó la joven cuando se hubo recuperado—. ¿Dónde está la fórmula? —En poder de ellos.

—¿Se la entregaste?

—Desde luego.

—Hubo un momento en que creí estar casada con un vampiro, pero eres mucho peor que eso. ¡Eres un traidor...!

—Cuidado, nena.

—Ya está dicho.

—No me refería a tus insultos, sino a lo que va a pasar.

—¿Qué va a pasar?

—Nos sigue un auto, y estoy seguro de que dentro van unos tipos que quieren cobrar con nuestra piel.

CAPÍTULO XII

Janine entornó los ojos mientras miraba por la ventanilla trasera.

Efectivamente, vio los potentes faros de un auto.

Se echó sobre Jonathan, al mismo tiempo que buscaba con su pie el freno.

—¿Es que estás loca?

—Para el coche.

—¿Por qué?

—Ellos son los buenos y nosotros los malos.

Jonathan le soltó un empujón porque ella le había cogido el volante.

—Has visto demasiadas películas, Janine. ¿Qué sabes tú quiénes son los buenos y quiénes son los malos?

—Tú eres un espía.

—Estate quieta y vuelve a tu sitio...

—Ellos son de la policía. Seguro que son Johnny Harper y Cameron Mac Kay, un hombre que trabaja en el Intelligence Service.

Al mismo tiempo que hablaban, Janine seguía impidiendo que Jonathan dominase plenamente el volante.

Jonathan la atrapó por el cuello con una mano y tiró fuerte para alejarla de sí, pero Janine estaba usando toda su fuerza.

El auto zigzagueó peligrosamente por la carretera.

Jonathan vio que se iban contra un árbol y frenó bruscamente.

El guardabarro delantero de la derecha golpeó contra el árbol, y el coche se levantó unas pulgadas del suelo.

Inmediatamente, el auto perseguidor llegó ante ellos.

—¡Arrójate al suelo, Janine! —gritó Jonathan y sacó una pistola de la guantera.

Pero Janine no obedeció aquella orden. Por el contrario, atrapó la muñeca de Jonathan.

Entonces se abrió la portezuela del lado de Jonathan y apareció Johnny Harper.

—Quieto, Deming, o le vuelo la cabeza.

La portezuela de Janine se abrió también. Cameron Mac Kay asomó una pistola.

—Vaya, por fin los atrapamos...

Jonathan dio un suspiro y se relajó.

Harper se apoderó de su arma.

—Salten del coche —ordenó Harper.

Janine dio un suspiro.

—Jonathan, ¿por qué lo hiciste...? ¿Por qué cometiste una traición contra tu propio país?

Jonathan cerró los ojos y en esa posición dijo:

—Cariño, siento mucho decirte que te has equivocado... Los malos son ellos. Y yo estoy en el bando de los buenos...

Johnny Harper soltó una risita.

—Les he dicho que bajen.

Janine parpadeó un poco confusa.

—Eh, Jonathan —dijo compungida—. No estarás hablando en serio, ¿verdad?

El la miró y movió la cabeza en sentido afirmativo.

Los dos descendieron del auto, cada uno por una portezuela, pero se reunieron a la derecha de la carretera.

Harper y Mac Kay seguían amenazándolos con las pistolas.

—Es usted un tipo único, señor Deming —dijo Harper—. Logró engañarlos a ellos, pero no a nosotros.

—No le entiendo.

—Esos estúpidos picaron en el anzuelo que usted les ofreció.

—¿A qué se refiere?

—Usted lo sabe perfectamente, a la fórmula falsa que usted mismo depositó en la jaula. Esa fórmula salió de sus manos, pero no era la auténtica. Usted estaba engañando a Deborah Fieling. Fue el encargo que recibió de la policía. Usted tenía que ayudar a desenmascarar a la pandilla de espías para la que trabajaba Deborah Fieling...

Janine soltó un gemido.

—Jonathan, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me lo habían prohibido.

—Entonces, ¿quién es Johnny Harper?

—Un tipo que trabaja para otra pandilla.

—¿Y el hombre de la máscara?

—Probablemente un cómplice de Johnny Harper.

—¡Pero el hombre de la máscara golpeó a Johnny!

—Lo golpeó para ayudarlo. ¿No es así, señor Harper?

—Sí, dio en el blanco. Pero ya basta de explicaciones... Señor Deming, queremos la fórmula verdadera.

—Le tengo que dar malas noticias a ese respecto, señor Harper.

—¿De veras?

—Mi descubrimiento no resultó.

—No me diga.

—Fracasó cuando más esperanzado estaba en lograr al fin lo que me había propuesto.

—Deming, no está en situación de gastarnos una broma...

—No es mi intención gastársela. Le estoy diciendo la verdad. Usted quiso ser más listo que nadie, Harper, pero también a los listos les llega la mala racha.

—La mía todavía no llegó, y se lo voy a demostrar.

—¿De qué forma?

—No continúe por ese camino, Deming. No le conviene. Lo tenemos a usted y también tenemos a su mujercita.

Janine dio un paso hacia Harper, y éste le apuntó al pecho con la pistola.

—Estese quieta, monada. Ya se acabó la función de los requiebros, y ahora empieza la de verdad.

—Me ha engañado miserablemente, Johnny.

—Tenía que hacerlo.

Cameron Mac Kay intervino:

—Eh, Johnny, tenemos que ponernos en camino. Aquí estamos en muy mal sitio. Recuerda que nos están esperando en la casa.

—Sí. Todos viajaremos en nuestro auto. Será un viaje de una media hora. Yo iré con ustedes de modo que les estaré apuntando con la pistola.

Cameron Mac Kay señaló el auto en que él y Johnny habían llegado hasta allí.

Janine, Jonathan y Harper ocuparon el asiento trasero y Cameron manejó el volante.

En seguida se pusieron en camino.

Janine estaba desconsolada porque se consideraba culpable de todo lo que pasaba.

Sintió cómo Jonathan tomaba una de sus manos y se la apretaba.

—No te inquietes demasiado por lo que hiciste, nena.

—¿Cómo no me voy a inquietar? Soy un verdadero desastre.

—Demostraste mucho valor al hacer las cosas que hiciste. Tú creías que luchabas en el bando bueno... Yo soy más culpable que tú por no haber confiado en ti. A veces uno debe mandar las órdenes al infierno.

—Siento interrumpir ese diálogo enternecedor, señor Deming —habló Harper—. Pero pronto llegaremos a nuestro destino y será mejor que se vaya preparando para darnos lo que deseamos. —No tendrá la fórmula K-Bernstein.

Janine intervino:

—Jonathan, ¿qué es la fórmula K-Bernstein?

—Tenía que ser la de una droga con la que el ser humano, durmiendo sólo una hora a la semana, tendría bastante... Pero ya he dicho que fallé.

—No, señor Deming, usted no falló. Consiguió su objetivo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por una filtración.

—¿Quién se lo ha podido decir?

—Ya lo sabrá.

Guardaron otro silencio.

Jonathan seguía conservando entre sus manos la de Janine.

La joven preguntó:

—¿Por qué mataron a Helen Tucker y a Evelyn Queen?

—Helen Tucker formaba parte de la pandilla de Deborah Fieling. Yo debía de ponerme en contacto con ella aquella madrugada en Londres. Salí de nuestra habitación mientras dormías, pero cuando llegué al apartamento de Helen Tucker, ya estaba muerta. Eso lo debemos a nuestro buen amigo Johnny Harper.

Harper sonrió.

—Pensamos que Helen Tucker estaba ya madura para decirnos algo, pero nos equivocamos. Janine preguntó de nuevo:

—¿Y Evelyn Queen?

—Eso resulta peor —contestó Jonathan—. Me di perfecta cuenta en un momento determinado que Evelyn había sido comprada por la pandilla de Johnny Harper. Trataba de sonsacarme y una vez la sorprendí en mi laboratorio... Por eso, decidí encerrarme con llave, y no dejar que nadie entrase. Terminé con Evelyn Queen porque me di cuenta de que no me amaba, que a ella sólo le interesaba el dinero que pudiese sacar vendiendo mi secreto. Imagino que Harper, al saber que Evelyn Queen no le servía, decidió eliminarla...

—Bravo, señor Deming, lo está sacando todo muy bien —comentó Harper.

—Jonathan —dijo Janine—. Sólo falta que me expliques por qué a Helen Tucker y a Evelyn Queen les hicieron las incisiones en el cuello.

—A través de las incisiones hacían llegar a su sangre un compuesto químico que obliga a las víctimas a decir todo lo que saben...

—Basta de explicaciones —intervino Harper—. Ya hemos llegado.

Efectivamente, el auto se detuvo.

Poco después, la mujer y los tres hombres entraron en una casa y fueron directamente al *living*.

Janine dio un grito al ver sentado en un sillón al hombre de la máscara. Los ojos monstruosos la miraron.

—Ésta sí que es una suerte, señora Deming —dijo el individuo—. Ya estamos de nueve juntos.

Y es la tercera vez que nos vemos esta noche.

—No es por mi gusto, engendro.

El hombre de la máscara rió estridentemente.

—Pero esta vez viene usted muy bien acompañada. Celebro que su esposo no haya querido perderse esta reunión social de tanta categoría.

—Tío Francis —dijo Jonathan—. ¿Por qué no dejas ya de jugar al carnaval?

Janine gritó:

—¡Oh, no, Jonathan! ¡Tienes que equivocarte! No puede ser el tío Francis.

El hombre de quien hablaban se quitó la máscara, y Janine pudo comprobar que su esposo no se había equivocado.

CAPÍTULO XIII

Tío Francis hizo una reverencia.

—A tus pies, querida.

—Debería hundirse el suelo que pisas para que te tragase, Tío Francis lanzó una carcajada.

—Eres una chica muy simpática y por eso me gustaste.

—Ah, tío Francis —dijo Jonathan—. Te debo algo.

—¿Qué cosa?

—Esto —dijo Jonathan y le soltó un derechazo.

El golpe fue terrible.

Tío Francis voló por el aire y cayó en un sillón de donde salió rebotado al suelo.

Se levantó escupiendo sangre y maldiciones.

—¡Mátalo, Mac Kay!

—¿Estás chiflado? —gritó Harper—. No lo mates, Cameron. ¿Es que os habéis vuelto locos?

Todavía no tenemos la fórmula.

—¿Cómo que no? —dijo tío Francis—. Hasta ahora no se la pudimos sacar. —¿Qué hay de la falsa?

—Los imbéciles del grupo de Doyle y la doctora Fieling han corrido con ella. Deben de estar muy satisfechos. Pero va le dije a Jonathan que con nosotros no había servido su truco. ¿Y sabes qué respuesta me ha dado?... Que él fracasó en su investigación.

—Mentira. Logró dar con la fórmula K-Bernstein.

Jonathan bostezó y se puso la mano en la boca.

—Perdón, tío Francis, pero no creo que estés tú muy informado del alcance de mis investigaciones.

—Claro que estoy enterado. Te sonsaqué muchas veces. Olvidaste que soy un doctor, y que yo podía conocer mejor que

nadie a qué distancia te encontrabas del éxito.

—Es posible que yo fuese muy optimista con respecto a mis ensayos.

—Déjate de historias, Jonathan. Conseguiste la fórmula y nosotros la necesitamos.

—¿Para qué?

—Para venderla, naturalmente.

—Será cuestión de que lo piense.

—No tienes tiempo para pensar nada.

—Dices que vas a vender la fórmula y quiero saber el precio.

—El equivalente a un millón de dólares.

—Entonces, quiero un cincuenta por cien.

—¿Estás loco?

—Ya lo has oído. El cincuenta por cien.

—¿Estás loco?

—Ya lo has oído. El cincuenta por cien o te quedas sin la fórmula...

—Trato hecho.

Harper intervino:

—Francis, no sabes lo que dices. —Claro que lo sé.

—No voy a consentir que él se lleve una parte de lo que nos corresponde.

—Tú te callas, Harper. Soy yo el jefe de este grupo y, por lo tanto, el que da las órdenes.

Harper fue a replicar de nuevo, pero cerró la boca y se mantuvo a la expectativa.

Tío Francis sonrió a Jonathan.

—Anda, muchacho, dame la fórmula.

—No la tengo aquí.

—¿Dónde la tienes?

—La quemé.

—Basta de tonterías, Jonathan.

—Pero puedo reconstruirla.

—Entiendo, pretendes engañarnos otra vez, lo mismo que a los otros. Harías una fórmula falsa.

—No, esta vez haré la buena.

Harper gritó:

—¡Nunca hará la buena!... ¡Nos va a engañar!

Tío Francis se rascó la nariz.

—Sería un riesgo demasiado grave para él. Tenemos a Janine. Yo sabré si es buena o mala, y si todo es mentira, ella lo pagará.

La joven apretó los puños.

—Tío Francis, eres el lagarto más repugnante que encontré en mi vida.

—Y tú la mujer más deliciosa que se cruzó en mi camino. De modo que, cállate o pediré algo más que la fórmula.

Jonathan hizo un gesto de ira y fue a abalanzarse otra vez sobre el tío Francis.

—Cuidado, Jonathan.

—No vuelvas a meterte con mi mujer.

—Harper, acompáñalo a la biblioteca para que pueda escribir la fórmula.

—Vamos, Janine —dijo Jonathan.

—No, ella se queda.

—¿Por qué ha de quedarse?

—Porque es demasiado bonita y te podría distraer mientras haces la fórmula.

Harper amenazó con la pistola a Jonathan.

—Basta de discusión. Anda, Jonathan, empieza a trabajar y aprisa.

Jonathan se dirigió hacia la puerta de la izquierda seguido por Harper.

Francis habló de nuevo:

—Párate un momento, Jonathan.

El joven se detuvo y miró a su tío con las cejas enarcadas.

—Te voy a conceder quince minutos para que hagas la fórmula.

—No tengo bastante.

—Anda, dime que necesitas una semana.

—Con media hora bastará.

—De acuerdo, Jonathan. Treinta minutos, pero ni uno más...

Jonathan desapareció con Harper en la habitación adyacente, y Cameron Mac Kay se quedó con Janine y tío Francis.

—¿Un trago de *whisky*, querida? —dijo tío Francis.

—Muérete —le contestó Janine.

—¿Un té?

—Vete al infierno.

Tío Francis escanció *whisky* en dos vasos y le dio uno a Mac Kay. Los dos bebieron un trago. —Tío Francis, ¿puedo hacerte una pregunta?— dijo Janine.

—Desde luego.

—¿Por qué te metiste en este basurero?

—El dinero, pequeña.

—Ganas bastante para vivir, y tengo la impresión de que eres muy considerado como doctor en Bedford.

—Bedford —repitió él—. Eso sí que es un basurero.

—Es un pueblo de lo más bonito.

—¿Qué sabes tú de la vida?... Bedford está en el mapa, pero también hay ciudades en el mapa que me interesan mucho más que Bedford... Londres, París, la Costa Azul. Y mujeres, muchas mujeres, pelirrojas, rubias, morenas, todas seductoras...

Tío Francis entornó los ojos y miró a Janine mientras agregaba:

—Tú estás incluida en el grupo.

—Eres muy amable —contestó ella con retintín.

—¿Por qué no te vienes conmigo?

—¿Adónde?

—A la Costa Azul. —¿Y qué ganaré?

—Tendrás todo lo que quieras... Hasta un abrigo de visón.

—Para la Costa Azul se necesita un bikini.

—También lo tendrás, y apuesto a que con él estás hecha un bombón.

—¿Sabes lo que eres, tío Francis? El mayor cerdo que hay a cuatro patas en este país.

Tío Francis lanzó una risotada.

—No opinarás lo mismo si me vieses con todo el dinero que voy a ganar.

—No te corresponderá mucho, puesto que le vas a dar a Jonathan medio millón.

—Te diré un secreto, nena. Jonathan no va a cobrar nada.

—Tú crees que me pillas de sorpresa, ¿verdad, tío Francis?

—¿No estás sorprendida?

—Te aseguro que no. Ya supuse que no pensabas cumplir.

—Bueno, lo importante es que Jonathan crea que cumpliré.

—El tampoco caerá en la trampa.

—Estoy seguro de que caerá porque pretende salvarte. Es lógico

que no quiera perder una mujercita tan bonita como tú.

Janine se sintió llena de congoja. Probablemente, tío Francis estaba acertando. Jonathan no dejaría que la matasen. Y cuando llegase el momento del triunfo para tío Francis, no se andaría por las ramas en economizar plomo. Habría para los dos, para Jonathan y para ella.

CAPÍTULO XIV

—Tío Francis, estoy dispuesta a ir contigo a la Costa Azul.

—¡Gran noticia!

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Tienes que dejar vivo a Jonathan.

—Pides demasiado.

—No es nada comparado con lo que tú vas a sacar de este negocio. Conseguirás un millón de dólares. —Janine hizo una pausa y levantó la barbilla—. Y también me vas a tener a mí.

Francis se quedó pensativo unos momentos y por fin dijo:

—No sé si me conviene aceptar.

—Te conviene.

Tío Francis se echó a reír mientras se servía otra ración de *whisky*.

—¿Qué te parece, Mac Kay?

Cameron miró a Janine.

—La chica tiene coraje, y además es más bonita que ninguna de las que vi este año.

—Sí, Mac Kay, tienes razón. Ella es un buen precio. Pero, la someteré a una prueba, y va a ser ahora mismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Janine.

—Ven aquí y bésame.

—Ahora no.

—Quiero que Mac Kay se dé cuenta de lo que vales.

—No soy una actriz. No acostumbro a hacer ciertas cosas ante espectadores.

—Pues esta vez tendrá que ser la excepción o no hay trato.

Janine se mordió el labio inferior.

—Está bien —dijo.

Echó a andar hacia tío Francis y éste la esperó sonriente.

Los ojos de Francis adquirieron más brillo.

—Demonios, creo que este espectáculo va a ser de los caros.

Janine llegó ante tío Francis. Éste, sonriendo, dijo:

—Anda, nena, pon los brazos en mi cuello y bésame como si fuera el único hombre que existiese sobre la tierra.

Janine deseó con todas sus fuerzas tener un cuchillo en las manos. Habría hundido su hoja en el pecho de tío Francis.

—¿Qué estás esperando, preciosa? —dijo él.

Janine le puso un brazo alrededor del cuello.

En ese momento se abrió la puerta y Jonathan dijo:

—Apártate de él, Janine.

Tío Francis se echó a reír.

—Has llegado demasiado pronto, sobrino.

—Ya terminé la fórmula.

—Tu mujercita me iba a besar.

—Ya lo vi. Y también imagino la clase de mentira que le habrás contado... Seguro que le has dicho que me perdonarás la vida.

—Eres muy listo.

—Contigo no hace falta ser muy listo para conocer tus intenciones.

—Dame ese papel, Jonathan.

Jonathan entró en la estancia seguido de Johnny Harper.

Janine había retrocedido unos pasos.

Tío Francis tomó el papel y se puso a leer su contenido.

—Esto está bien, Jonathan.

—Celebro que te guste.

—Todavía no terminé el examen... ¿Qué es esto?...

—¿A qué te refieres?

—No entiendo la segunda parte de la fórmula.

—Yo te la explicaré.

Jonathan echó a andar hacia su tío.

Pero, de pronto, se desvió saltando sobre Mac Kay.

Lo hizo con una rapidez meteórica. Atrapó a Mac Kay y sirvióse de él como escudo cuando Johnny Harper apretó el gatillo.

Mac Kay recibió el impacto en el estómago y lanzó un aullido.

La mano de Jonathan salió al encuentro de la pistola que Mac

Kay dejaba caer.

Harper quedó un momento indeciso al ver que había alcanzado a su compañero Cameron.

Esa indecisión fue fatal para él, porque antes de que pudiese reaccionar, Jonathan le había metido un par de balas en el pecho.

Tío Francis se abalanzó sobre Janine, que estaba boquiabierta.

La atrapó por la cintura y la atrajo hacia sí mientras sacaba una pistola con la otra mano.

Ahora, Francis y Jonathan se enfrentaron, sirviéndose cada uno de un cuerpo humano como escudo. Pero había una diferencia entre ambos. El escudo de Jonathan estaba muerto.

—¡Jonathan, tira esa pistola!

Janine gritó:

—¡No la tires! ¡Dispara!

—Ya lo has oído, Jonathan. Tira esa pistola inmediatamente.

Jonathan abrió la mano y el arma cayó al suelo. Ya no le servía Mac Kay y también lo dejó caer.

Tío Francis empujó a Janine enviándola lejos, hacia la pared.

—Eres listo, Jonathan, pero cometiste un error. Ya te lo advertí. Si me engañabas con la fórmula, yo lo sabría.

—Ahora te daré la verdadera.

—Te voy a ahorrar tiempo. Me la dirás de viva voz.

—Es muy complicada. Necesito escribirla.

—No te preocupes. Tengo buena memoria. Siempre la tuve. Y yo conozco gran parte de la fórmula. Me dirás lo que falta.

—¿Y luego qué?

—Ya te lo puedes imaginar.

Janine exclamó:

—¡No le des la fórmula! ¡Luego nos matará a los dos!

Francis intervino:

—No, Jonathan, te prometo que no la mataré a ella.

—Jonathan, no lo creas. No mantendrá su palabra —gritó otra vez la joven.

Y sin pensarlo dos veces se arrojó sobre tío Francis.

Este quiso disparar, y lo hizo justamente cuando Janine le había golpeado en la muñeca.

Jonathan, saltó también sobre tío Francis.

Los tres se derrumbaron dando vueltas en el suelo.

Sonó un estampido.

Jonathan, Janine y tío Francis quedaron inmóviles.

Jonathan y Janine tenían las caras muy jutas. Los dos se miraron a los ojos.

—Janine, ¿te alcanzó a ti la bala?

—No, ¿y a ti?

—Tampoco.

Janine dio un suspiro.

—Caramba, pues entonces la tiene dentro tío Francis.

Los dos miraron a tío Francis y comprobaron que, aunque sus ojos también estaban abiertos, miraban ya vidriosamente.

* * *

—¿Por qué tardaste tanto, Jonathan?

—El jefe de esta misión quiso saber todos los detalles del caso. Lo peor es que tuve que repetir el informe tres veces...

Janine estaba en salto de cama.

Se encontraban en la misma *suite* nupcial en que habían dormido su primera noche de casados.

—Imagino que habrás presentado tu dimisión como espía —dijo la muchacha.

—Seguro, no me volverán a cazar más.

Jonathan besó a su mujer en los labios y dijo.

—Ya basta de diálogo. Los dos estamos cansados y necesitamos un sueño reparador.

Ella guiñó el ojo.

—Lo mismo estaba pensando yo.

Aquella madrugada, Janine despertó de nuevo.

Alargó los brazos y notó que a su lado no estaba Jonathan.

—¡Jonathan! —gritó.

No obtuvo respuesta.

De pronto oyó el agua correr en el cuarto de baño.

Se levantó y fue allí.

Jonathan se estaba duchando.

—¿Qué haces ahí dentro?

—Me desvelé pensando en que estuve a punto de perderte, y se me ocurrió tomar una ducha...

Janine exhaló el aire de sus pulmones y dijo:

—Menudo susto me has dado. Volví a pensar que me había casado con un vampiro.

Jonathan soltó una carcajada.

—No, querida. Entre el conde Drácula y el conde de Bakefield existe una gran diferencia. Yo sólo soy un ser humano.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).